

QUIRÓN



EL CENTAURO PENSANTE

Ensayo sobre medicina y el mundo griego



Raúl Pino Andrade

QUIRÓN, EL CENTAURO PENSANTE

Ensayo sobre medicina y el mundo griego

Raúl Pino Andrade

UCUENCA

• 2025 •

Quirón, el centauro pensante. Ensayo sobre medicina y el mundo griego

©Universidad de Cuenca

Autor: Raúl Pino Andrade

María Augusta Hermida Palacios

Rectora

Juan Leonardo Espinoza Abad

Vicerrector Académico

Elena Monserrath Jerves Hermida

Vicerrectora de Investigación e Innovación

Vilma Bojorque Iñiguez

Decana de la Facultad de Ciencias Médicas

David Achig Balarezo

Director de Publicaciones

Centro Editorial UCuenca Press

Dirección: Daniel López Zamora • **Coordinación editorial:** Ángeles Martínez Donoso •

Corrección: Erika Torres Mogrovejo • **Diseño:** Geovanny Gavilanes Pando • **Preprensa:** Juan Tigre Amón.

Ciudadela Universitaria

Doce de Abril y Agustín Cueva

+593 (07) 413 4520

Casilla postal

editorial.ucuenca.edu.ec

Primera edición: 2025

Tiraje: 20 ejemplares

ISBN: 978-9978-14-613-2

ISBN digital: 978-9978-14-612-5

Derechos de autor reservados

El presente libro, por su naturaleza y su fin, ha sido arbitrado por pares externos bajo el sistema doble ciego.

Fieles al espíritu de la universidad pública, los libros de nuestra editorial son de acceso abierto y descarga libre para democratizar el conocimiento. Queda prohibida su venta. La reproducción de este material para grupos o fines específicos, que no son personales, deben contar con la autorización de la Universidad de Cuenca.

Imagen de portada: grabado original de Marcelo Kopp, Argentina 2024.

Para la composición tipográfica de este manuscrito se usó Alegreya y Alegreya sans.

Cuenca - Ecuador

Julio, 2025

Índice

Introducción.....	7
-------------------	---

Medicina y el mundo griego

Pensamiento médico en el período Greco-Romano	13
Génesis de las creencias sobre salud y enfermedad.....	14
Sobre los médicos.....	22
Sobre la organicidad.....	30
Sobre los tipos de enfermedades y afecciones del cuerpo y del alma	36
Sobre el régimen	41

Mitologías

La mano: camino a la inteligencia	51
Quirón, el centauro pensante	55
Asclepio, el salvado de la pira	61
El bastón de Asclepio.....	67
Anamnesis: rumbo al diagnóstico.....	71
Ananké: los lazos que nos unen	75
Sísifo: el esfuerzo eterno	79
El Juramento Hipocrático.....	85

La Virtud

La virtud: camino hacia una vida buena	93
¿Es lo mismo una vida buena que una buena vida?	95
La virtud	101
Palabras finales	111
Conclusiones	113
Decálogo	1115
Referencias.....	116

«Si hubiera podido elegir mi condición,
habría elegido la de centauro».

(*Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar)

Introducción

Una idea que aparece repetidas veces en los textos de historia es el reconocimiento de que los griegos han contribuido a sentar las bases de lo que se denomina «el saber racional de la cultura occidental» y, si bien esto podría parecer un cliché, en la realidad no lo es, o lo es parcialmente. Como mencionó Sir Henry Maine —con mucho apasionamiento, por cierto—: «Aparte de las ciegas fuerzas de la Naturaleza, nada se mueve en este mundo que no sea griego en su origen». Claro está que esta afirmación helenocéntrica podría causar suspicacias, pero queda validada si observamos los innumerables trabajos, discusiones e interpretaciones que aún en la actualidad brotan de temas relacionados con Grecia. Palabras, mitos, pensamientos y personajes de la Grecia antigua y clásica pueden ser analizados desde diferentes ángulos, vertientes y perspectivas, brindándonos un vasto abanico de posibilidades interpretativas, lo que demuestra su total vigencia.

La medicina no ha quedado al margen de su influencia, de hecho, su relación es íntima. Si bien el aporte griego no se basó en una deslumbrante descripción anatómica, como ocurrió en otras etapas históricas como el Renacimiento, sí se acercó a una forma de ver la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, que fue evolucionando desde lo mítico hacia lo racional, fundamentándose no solo en lo orgánico, sino en una concepción más extensa que abarca la sociedad, la política y la forma de vivir. Asociado a esto hay que mencionar

que su mitología ha permeado las áreas de la salud, uniéndose a ella como una red invisible que brinda una base de significación y entendimiento a ciertos aspectos de la profesión, por dar solo un ejemplo: el origen del bastón de Asclepio, símbolo de la medicina.

El presente ensayo tiene como objetivo esbozar una tenue línea que, a manera de hilo de Ariadna, nos permita circular seguros el laberinto de la información e hilvanar un camino por el cual podamos conducirnos en el mundo grecorromano con el solo interés de descubrir lo que nos puede brindar este conocimiento en la actualidad. Son muchos los beneficios de interesarse por este tema, pero tal vez el más importante es abrir nuestra visión y entender cómo ellos transitaban —y nuestra profesión puede hacerlo— hacia lo que denominaron una «vida buena», es decir, una vida guiada por la virtud. Para explorar este tema, la primera sección buscará trazar un mapa explicativo de cómo la medicina se tornó reflexiva, alejándose de los conceptos religiosos y acercándose a unos más concretos, llegando a consolidar el concepto de *mens sana in corpore sano*. La segunda intentará, mediante la exposición de diversos mitos provenientes de la cultura grecorromana, mostrar que la fragilidad está presente tanto en los seres humanos como en los divinos, pudiendo generar sucesos dolorosos al sucumbir y caer en la práctica de los deseos, incluso cuando estos no han sido del todo intencionados. En la tercera sección se reflexionará sobre lo que podría ser la guía del camino hacia una filosofía de la virtud. Por último, se ofrecerá un decálogo de virtudes que el médico podría cultivar, no solo para hacer el bien a quien se debe, el paciente, sino para tener una «vida buena».

Para terminar, desearía poner sobre la mesa una idea que pudiera ser incómoda, pero que debe hacernos reflexionar. Muchas veces lo que consideramos útil en el sistema productivo en el que nos movemos es lo numérico, lo estadístico, es decir, somos más productivos mientras más cantidad de elementos producimos —atenciones, cirugías, procedimientos, etc.—. Pero no nos damos cuenta que todo este sistema fordista tapa algo más profundo e importante, algo que, al parecer, es inútil por no devenir en el rédito material, y esto es que el ser humano no es una máquina y no debe ser tratado como tal. Por lo tanto, la medicina moderna, más técnica y sofisticada —indudablemente necesaria en nuestros días—, debería reabrir y dar cabida a la incorporación del humanismo en su seno, y con

ello al aprendizaje de conocimientos con valor intrínseco. Como menciona Nuccio Ordine (2013):

saberes que son fines por sí mismo y que —precisamente por su naturaleza gratuita y desinteresada, alejada de todo vínculo práctico y comercial— pueden ejercer un papel fundamental en el cultivo del espíritu y en el desarrollo civil, cultural de la humanidad. (p. 9)

Raúl Pino Andrade

Medicina y el mundo griego

Pensamiento médico en el período Greco-Romano

«Mejor ser como el centauro, que mira dentro de sí.
Al hacerlo, comprueba cómo en su espíritu se alean el fino
fuego de la naturaleza y el aquilatado oro de las artes».
(Jorge Freire)

El mundo griego, imbuido de simbolismo y mitología, logró captar en su seno el conocimiento de diversas culturas como la egipcia, persa e india, gracias a lo cual se convirtió en el centro del mundo antiguo. La confluencia y asimilación de estos saberes, así como el desarrollo dentro de su propio seno, permitieron orquestar un cambio en la complejidad de pensamiento de este pueblo (Robles, 2003, p. 61), abriendo la puerta para una curiosidad fecunda que, a lo largo de los años, abarcó temas trascendentales que aún en la actualidad son objeto de análisis como: la búsqueda del saber, la filosofía como medio de indagación de una vida floreciente, *eudaímōn*, la política y el cuidado de sí (Nussbaum, 2021, p. 36).

En el campo médico el pueblo griego apuntaló para la posteridad conceptos que fueron acogidos y discutidos hasta entrado el Renacimiento, de los cuales el más relevante ha sido el cambio proporcional de una visión mágica y teocéntrica de la salud-enfermedad hacia una forma racional de entender este proceso. Como es entendible, este giro no fue abrupto, se dio de manera paulatina y algunos resquicios

permanecieron hasta ser finalmente abandonados con el pasar del tiempo. Su concepción obedeció a un modelo que poco a poco fue depurándose, haciéndose cada vez más efectivo desde el punto de vista técnico y «científico». Cuando Roma conquistó Grecia absorbió y mimetizó todo este bagaje intelectual, haciéndolo propio e incorporándolo a su sociedad; muchos de los escritos provenientes de autores de ese periodo lo confirman.

En resumen, podríamos concluir que en el área médica se producen cambios conceptuales que alejan la idea de un origen divino de la medicina y de las enfermedades, y se acercan a una visión más realista en donde el médico, como ser racional, será el agente de la sanación. Esta evolución traerá consigo no solo una apertura del saber médico, sino un cambio más complejo, la unión entre corporalidad y moralidad, como base para el cuidado de sí.

Génesis de las creencias sobre salud y enfermedad

En una sociedad como la actual, en donde los avances de la ciencia han producido prodigios nunca pensados, podrían parecer irrisorias historias como la que describe el penoso y triste suplicio de un titán que, por conceder a los humanos el fuego, tuvo que padecer el castigo de un águila que le devoraba el hígado *ad infinitum*, mientras, para su desgracia, este se regeneraba cada día, prolongando su dolor. Qué decir del relato que describe la historia del semidios que mató a su familia y tuvo que realizar doce trabajos imposibles para resarcir su falta, o del rey que fue condenado a movilizar una gran roca hasta la cima de una montaña y, cuando él pensó que la tarea estaba cumplida, esta se le escapó de las manos, teniendo que iniciar el camino una y otra vez.

Lo cierto es que mitos como el de Prometeo, Heracles y Sísifo nos dan cuenta, a más de la enseñanza propia de su historia, de la cosmovisión teocéntrica imperante en los pueblos que conformaron Grecia, y de cómo el arte de sanar y el concepto de salud en estos pueblos no fueron ajenos a estas influencias y concepciones. El temor a lo que no se entiende, a lo desconocido y sobrenatural —como el rayo, los terremotos, el sol, la luna y las tempestades en el mar—, o a procesos más sutiles —como el amor, la ira y el miedo— los

deslumbraron e inquietaron y, al cuestionarse sobre ellos, racionalizaron estos fenómenos y los asociaron con lo cotidiano, con lo que les era familiar, gestando un antropomorfismo de los poderes divinos provenientes de la naturaleza, es decir, dando origen a seres divinos, a los dioses.

Actualmente sería difícil pensar en una realidad ligada a estos seres divinos, pero para culturas nacientes un trueno en medio del mar podía ser interpretado como el golpe de un martillo de un dios enojado de Thor enojado —en la mitología nórdica— y un relámpago podía ser un rayo enviado por Zeus en contra de sus enemigos —en la mitología griega—. El cine ha puesto en la palestra esta temática más vivamente que nunca, dando vida en sus películas a personajes tan icónicos como Hércules, Teseo, Zeus o adaptaciones que, en vez de sucumbir en popularidad, la han incrementado, basta con observar la gran cantidad de cintas dedicadas a ellos¹.

En este contexto cada dios griego, perteneciente al parnaso, era capaz de injerir directa o indirectamente sobre una o más áreas de la salud o la enfermedad, así como en los territorios que las influyen. Cada persona podía solicitar el amparo y protección de un dios determinado cuando padecía un proceso mórbido o fisiológico que requería su intervención:

Hera, la diosa del hogar, protegía a la mujer durante el parto; Atenea, la diosa de la sabiduría, era venerada en los templos dedicados a ella, como curandera y patrona de la vista; el centauro Quirón, medio hermano de Zeus, tenía un lugar especial como patrón de la curación y entre sus alumnos se incluían Melamplos, Aquiles y Esculapio; Apolo fue identificado como la divinidad principal que controlaba la enfermedad. Los curanderos con poderes mágicos eran Melamplos, quien alivió a la loca de Argos; Anfiaros, demonio subterráneo conocido en Tebas, Atenas y Oropos; Tromfonio, médico del inframundo, símbolo de la regeneración. (Ortiz, 2002, p. 18)

¹ Como ejemplo de esto presentaremos una pequeña muestra de lo planteado, centrándonos en películas sobre el semidiós Hércules: *Hércules* (1958), interpretada por Steve Reeves, *El desafío de Hércules* (1983), interpretada por Lou Ferrigno, *Hércules* (1997), película animada por Disney, *Hércules en New York* (1969), interpretada por Arnold Schwarzenegger y *Hércules* (2014), interpretada por Dwayne Johnson.

El bienestar de las personas se veía supeditado a los dioses y, por añadidura, a su temperamento, emociones, pensamientos y compromisos. Si una persona no le era agradable a un dios o reta a su autoridad, le iba mal. Si esta llegaba a ofenderle de alguna manera, las consecuencias podían ser nefastas. Un ejemplo clásico es el de Odiseo quien, luego de la guerra de Troya, pasó errante por diez años sin poder retornar a su hogar en Ítaca junto a su esposa Penélope y su hijo Telémaco, por haberse granjeado la ira de Poseidón. Por lo tanto, el proceso de salud-enfermedad se encontraba mediado por fuerzas divinas, la influencia de las deidades en la vida de los mortales era patente, pues los griegos, al igual que los hombres de otras culturas, creían que los dioses eran los causantes o dadores de estos bienes: «Apolo y su hermana Artemisa disparaban las flechas que provocaban la enfermedad o la peste, deterioro y la muerte» (Ortiz, 2002, p. 18).

Es posible evidenciar la existencia de una relación directa de influencia entre los dioses inmortales y los seres mortales. La desdicha de una persona en cualquier ámbito sea familiar, de trabajo, de salud, etc., era producida por un castigo divino, en tanto que la felicidad, prosperidad y salud se daban gracias a la bondad de los dioses. Como es de esperar, las deidades asumían estar en lo correcto y ser justos al impartir un castigo. Todo lo que hacían era por el bien de los humanos y la culpa de cualquier mal recaía en la persona que se apartó de su guía. En un fragmento de la *Odisea* podemos leer: «Zeus; ¡Oh Dioses! ¡de qué modo culpan los mortales a los númenes! Dicen que las cosas malas le vienen de nosotros, y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino» (Homero, 2007, p. 1).

Algo parecido sucedió en la Edad Media, en donde la salud y la enfermedad eran regidas por los designios del dios de los cristianos, a quien se le designó como el camino, la luz y la vida. Esta forma de entender el mundo perduró hasta entrado el siglo XIX, con diversas variaciones, pero siempre teniendo a un dios supremo y creador como centro de lo que sucede en la cotidianidad². Un ejemplo de esto lo encontramos al analizar el ensayo de Giovanni Pico della Mirandola (siglo XV) titulado *Discurso sobre la dignidad del hombre*, en el cual

2 Aquí hacemos referencia al mundo griego descrito en estas páginas y a la visión de religiones monoteístas, pero estamos conscientes de que existen religiones con visiones diferentes a las enunciadas.

pone como centro y arquitecto de todo a Dios y bajo este a su obra más grandiosa: el hombre.

Ya el Sumo Padre, Dios arquitecto, había construido con leyes de arcana sabiduría esta mansión mundana que vemos, augustísimo templo de la divinidad; había embellecido la región supraceleste con inteligencia, avivado los etéreos globos con almas eternas, poblado con una turba de animales de toda especie las partes viles y fermentantes del mundo inferior, pero, consumada la obra, deseaba el Artífice que hubiese alguien que comprendiera la razón de una obra tan grande, amara su belleza y admirara la vastedad inmensa. Por ello, cumplido ya todo (como Moisés y Timeo lo testimonian) pensó por último en producir al hombre. (Pico della Mirandola, 2006, p. 4)

Incluso se ha encontrado paralelismo entre el sufrimiento del titán Prometeo y de Jesús en lo tocante no solo a su sufrimiento, sino a su padecimiento en la cruz:

Clavado sobre un picacho del Cáucaso, con el pecho taladrado por una cuña de acero, desgarrado acaso por el águila incesante que picotea su hígado inmortal, Prometeo parece un anuncio helénico del redentor crucificado del cristianismo. Ya Tertuliano llamó a Cristo *verus Prometheus*, evocando esta imagen. (García Gual, 2022, p. 18)

Un dato sugerente para completar el entendimiento de la salud-enfermedad es introducir el concepto de «veneración/respetoreligiosa» *eusebia*, el cual vincula la obediencia a las deidades y la buena vida —entendida esta como la búsqueda de la verdad—, es decir, se asocia la creencia de que, al obedecer a los dioses se obtendrá salud y bendición divina, ya que solo los hombres que acataran normas de conducta ética y moral en su vida, respetando sus dioses, serán dignos de ella, pues solo ellos son depositarios de valores trascendentes. La naturaleza y sus leyes, por su parte, no dependen de ningún influjo divino, pero deben ser obedecidas, Nussbaum (2021) nos señala que la naturaleza, desde una óptica platónica, sería «vivir de acuerdo con los impulsos del instinto, o de la biología, o

de cualquier cosa que seamos antes de nuestra propia intervención para hacer algo de nosotros mismos» (p. 53).

Solo acatando estos preceptos se puede llevar una vida agradable y favorecida por las deidades, ya que este designio es universal y opera para dioses y humanos. Un ejemplo sobre la importancia de no transgredir las leyes naturales y morales lo encontramos en el siguiente relato:

Convertido en cirujano, y muy experto en su arte [Asclepio] no solo impedía que algunos murieran, sino que también revivía a los muertos: había recibido de Atenea la sangre manada de las venas de la Gorgona, y utilizaba la de las venas del lado izquierdo para ruina de los hombres, y la del derecho para su salvación y así daba vida a los muertos. Encontré que algunos decían haber sido resucitados por él: Capaneo y Licurgo, según cuenta Estesícoro en la *Erifile*; Hipólito, como dice el autor de las *Naupactias*; Tindáreo, según refiere Paniasis; Himeneo, según relata Meleságoras. Zeus, temeroso de que los hombres aprendieran de él la terapéutica y se auxiliasen los unos a los otros, lo fulminó. (Apolodoro, 1985, p. 170)

La trasgresión de la ley natural que indica que los mortales deben seguir su destino no podía ser aceptada, ni la idea de que otros siguieran este camino, así que esta imprudencia fue castigada con dureza por el padre de los dioses.

Es indudable que el influjo divino tuvo tanta relevancia para el mundo griego que ni siquiera Sócrates y su gran poder de reflexión fueron inmunes a él, y se cuenta que, mientras agonizaba a causa de la letal cicuta que le dieron a beber, solicitó a sus fieles discípulos sacrificar un gallo en honor a Asclepio.

La visión mágico-religiosa permanecerá vigente hasta el siglo VI a.C. aunque no mengua por completo, permitiendo que poco a poco se genere un proceso de meditación e introducción de nuevos cuestionamientos que van generando un cambio de paradigma. Siguiendo un proceso reflexivo se migra de lo religioso a lo racional. Un ejemplo de esto lo podemos observar en Aristóteles, quien piensa que la «naturaleza» puede ser favorecida por la intervención humana, por lo tanto: «La naturaleza se concibe de manera normativa como

el florecimiento de una especie: la intervención médica, por lo tanto, acercaría a esta persona a la naturaleza en lugar de alejarla» (Nussbaum, 2021, p. 54).

Si tomamos como válida la perspectiva contraria a la citada por Nussbaum, es decir, la no intervención sobre la naturaleza, para un hombre miope el mejor tratamiento sería el seguir viendo con sus ojos, al fin y al cabo, esta es la ley natural de las cosas, pero con el cambio de razonamiento planteado se permitiría la intervención sobre ella y la mejor opción sería colocarle unos lentes para mejorar su visión. Utilizando un ejemplo más extremo, frente a un paciente gravemente herido, sería dejarlo morir o intentar hacer algo³.

Al adentrarse en la búsqueda de explicaciones fundamentadas a los fenómenos que aquejan a las personas la noción de lo divino pierde sustento, aunque como se ha insistido varias veces esto no sucede instantáneamente sino luego de un proceso de larga duración. La medicina técnica tendrá que coexistir con las ideas teocéntricas, así como una gran variedad de practicantes de la medicina popular, a saber: purificadores, *kathartai*, sacrificadores, *thytai*, impostores, *alazones*, enjugadores, *apomaktai*, iniciadores, *telestai* (Gil, 2004, p. 29).

Al surgir el concepto de *physis*, o «naturaleza de las cosas», la explicación a los padecimientos terrenos se busca ahora en la naturaleza; abrigando un concepto más concreto, la mezcla de elementos ha generado vida y el todo le ha dado un alma y, por ende, dentro de la naturaleza y su influencia encontramos la salud. Por lo tanto, la naturaleza tiene un tiempo para sanar y operar cambios favorables (Hipócrates. *Tratados*, 1982, p. 263).

El estudio de la naturaleza permite vislumbrar las posibles causas de la enfermedad y por este medio ser entendida, como muestra el siguiente pasaje en donde se rescata la idea de la dieta como un elemento complementario de la salud:

[...] si el hombre hubiera podido beber y comer plantas, frutos, ramas o hierbas como hace un buey, un caballo o cualquier otro animal. Porque éstos no sólo se alimentan de

3 Como podemos observar esta conducta es altamente disruptiva al desobedecer el mandato de los dioses que prohíbe intervenir sobre la naturaleza de las cosas. Recordemos que fue este el motivo por el cual Zeus fulminó a Asclepio con un rayo.

esas cosas y crecen con ellas, sino que incluso viven sin daño y no necesitan para nada de otro tipo de alimento.

Sin embargo, yo estoy convencido de que al principio también el hombre usaba esos alimentos y que sólo con el paso lento del tiempo se ha llegado a descubrir y elaborar las dietas actuales. Porque a causa de una dieta fuerte y propia de los animales, al tomar crudas y no equilibradas cosas que tenían grandes principios activos, los hombres padecían dolores, sufrimientos terribles y muertes fulminantes, como también hoy padecerían. (Hipócrates. *Sobre la medicina anti-gua*, 1982, pp. 69-70)

La enfermedad deja de ser un producto punitivo causado por el disconfort de seres sobrenaturales que castigan a sus insignificantes criaturas para tornar —y en esto coinciden jónicos, áticos y médicos hipocráticos— a la enfermedad como un producto del azar, de la *tychē*, destino, fortuna, azar, pues algo que se produce inevitablemente en el orden natural de las cosas y debe afrontarse y aceptarse. Como comenta Gil (2004): «Veremos también que frente al dilema resignación o desesperación, según se le encuentre o no un significado a la dolencia morbosa, los griegos adoptan una postura intermedia, la de la serena aceptación» (p. 37). Incluso la vejez será vista como una especie de enfermedad, pues muchas veces trae consigo penas y quebrantos, decaimiento de la salud somática y sensación de caducidad vital.

La medicina germina al unísono con la creación de una concepción de la enfermedad y con base a ella se da un paso hacia adelante buscando su tratamiento, en este contexto el régimen es incorporado como agente terapéutico. Los seres humanos deben buscar el régimen más apropiado para mantener su salud, adaptarse a él y seguirlo, solo así podría evitar la enfermedad o la muerte, es así como gracias a las dietas más suaves, el organismo puede tolerarlas más fácilmente, disminuyendo la mortalidad:

Por esa razón, creo yo, es por lo que también ellos buscaron una alimentación adecuada a la naturaleza y encontraron la que actualmente utilizamos. Así que a partir del trigo, tras haberlo remojado, aventado, molido, cernido y mezclado, cociéndolo después elaboraron el pan; de la cebada también

hicieron torta y, sometiéndola a otras muchas manipulaciones la hirvieron y la cocieron; mezclaron y equilibraron así los elementos fuertes con otros débiles, adaptándolo todos a la naturaleza y capacidad del hombre, guiados por la idea de que si los comían siendo fuertes su organismo no podría asimilarlos y causarían dolores, enfermedades y muerte; y que, por el contrario, aquellos que si pudieran asimilar redundarían en nutrición, crecimiento y salud. (Hipócrates. *Sobre la medicina antigua*, 1982, pp. 70-71)

Estar sano predispone a la felicidad, pero lamentablemente solo será reconocida cuando falte, como indica Susan Sontag (2008):

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar. (p. 11)

Peán de Arifrón (1996) expone la importancia de salud en los siguientes versos recopilados por María Hermosín:

Salud, la más augusta de los bienaventurados,
 ¡ojalá contigo viviera el resto de mi vida,
 y compartieras benévola conmigo la morada!
 Pues todo encanto del dinero, de los hijos,
 o del mando real que iguala a los hombres con los dioses,
 o de los deseos a los que damos caza
 con las redes secretas de Afrodita,
 y de cualquier otro goce o descanso de fatigas,
 enviado por los dioses, que se muestre a la vista de los hombres,
 contigo, Salud bienaventurada, florece todo ello
 y brilla en charla con las Gracias.
 Sin ti nadie es feliz. (p. 11)

Parafraseando la canción atribuida a Simónides⁴ y trayéndola a nuestros días, podríamos decir que para el hombre mortal lo más importante es la salud, un cuerpo fuerte con el cual valerse, obtener dinero bien habido para subsistir y, por qué no, algún placer moderado, por último, disfrutar la vida familiar y de los amigos.

Hasta aquí el paso de los dioses a la intervención del médico, de las causas «celestiales» a las terrenales.

Sobre los médicos

Documentos provenientes de la antigüedad griega ponen de manifiesto la existencia de una figura sanitaria importante en su sociedad, el curador, *iatros*. Este personaje eclipsado y olvidado en sus inicios por los contenidos mágicos y teúrgicos imperantes probablemente cumplió una función más práctica y específica en la salud de este pueblo que la acción de los dioses, ya que fueron ellos quienes se enfrentaron a las heridas y traumas producidos en los conflictos bélicos relatados en la historia de este pueblo, no siendo descabellado afirmar que la cirugía surgió antes que la medicina interna. Supuesto justificable si atendemos las numerosas y diversas heridas descritas en la *Iliada* como: ruptura de tendones, torceduras, lesiones generadas por armas cortantes, punzantes y demás.

Si bien no hay nada claro sobre este tema, existen autores cuyos indicios apuntan a cómo esto es posible:

Mientras no se posea documentación más detallada, resulta imposible hacer precisiones sobre la medicina de la época micénica y será menester acudir al *epos* homérico para formarse una imagen, por vaga y remota que sea, de sus líneas generales. Lo que sí parece un hecho comprobado es que los griegos, desde su primera aparición en la historia, no necesitaban acudir para curarse a los auxilios del sacerdote o el adivino, conformándose con los buenos servicios profanos de un hombre hábil en el manejo de las manos (*cheirourgein*) o entendido en bálsamos, brebajes, emplastes, etc. (Gil, 2004, p. 62)

4 Simónides (siglo VI-V a.C.), *Canción de banquete*: «Tener salud es lo primero y mejor para un hombre mortal; lo segundo, haber nacido hermoso de cuerpo; lo tercero, tener dinero ganado honestamente; lo cuarto, disfrutar de la juventud con los amigos».

Por lo tanto, no sería extraña la frase que Hipócrates enunciara: «la mejor escuela para el cirujano es la guerra», o una de sus variantes «quien desee ser cirujano debería ir a la guerra». Es importante señalar que en este período el médico tenía un estatus social apreciado, pues se lo consideraba un *demiourgos*, un trabajador público al mismo nivel que los adivinos, aedos y constructores de naves.

La medicina griega al evolucionar debió transitar por tres fases: la primera a través de la medicina metódica instaurada por el dios Apolo, la segunda, siguiendo los lineamientos de medicina empírica, regida por Asclepio su hijo y, por último, una tercera, en la que se prioriza la medicina racional liderada por Hipócrates. Si bien cada una tiene sus propias particularidades, todas ellas se encuentran vinculadas por un factor común, la necesidad de un iatros o curador como centro de esa práctica.

El desarrollo teórico y técnico de la medicina fue abordado por personajes que se dedicaban tanto a la medicina como a la filosofía, por citar algunos: Hipócrates, Sócrates, Platón, Aristóteles, ya que pensar en una medicina alejada de la filosofía no era posible. Un buen médico sería aquel que ejerza, ejecute y cultive las artes médicas, pero también el que practique la filosofía, aquel que piense y se cuestione sobre el hombre, la naturaleza y la buena vida; ya que «la filosofía y medicina desde su inicio tienen como propósito comprender al hombre» (Ortiz, 2002, p. 8).

Para los griegos la medicina y la filosofía están separadas, pero ligadas a la vez. Un individuo puede estudiar cada una por separado, pero en algún punto de su aprendizaje los dos caminos se juntarán y terminará profundizando en los conocimientos de la otra. Por lo tanto, este punto de confluencia es el que nos permitirá conseguir la más sutil y sobresaliente de las fusiones, encarnar un médico en el arte, la práctica y el pensamiento para que se conjuguen en uno.

Se presupone que Hipócrates sentenció: *iatros philosophos isotheos*, al hablar sobre el médico, dando a entender que «el médico que al mismo tiempo es filósofo es semejante a un dios». Esta forma de conceptualizar al médico por parte del padre de la medicina nos indica lo importante para él que sus hijos no se centraran meramente en lo objetivo y manual, sino abogaba que ellos abarcaran diversos ámbitos de conocimiento, con la esperanza de producir una formación integral. Luis Gil (2004) reproduce un extracto del tratado hipocrático

Peri euschēmosynēs, en el cual podemos contemplar parte de lo que se consideraba debía comprender la sabiduría médica:

Pues todo lo relativo a la sabiduría se da en medicina: des-interés por el dinero, respeto, vergüenza, moderación, reputación, juicio, sosiego, abertura de trato, pureza, sentenciosidad de lenguaje, conocimiento de las cosas útiles y necesarias para la vida, renuncia a la impureza, ausencia de superstición, superioridad divina. (p. 65)

Pese a esta aspiración, la imagen del médico ha variado mucho a lo largo de los siglos, la literatura, pintura y el cine han contribuido grandemente a identificar estos cambios. Sabio, sanador, apóstol, mártir y científico han sido algunos de los atributos a él endosados, cualidades que pueden ser evidenciables en obras pictóricas como *Ciencia y Caridad* (1897), de Pablo Picasso, en la que se observa a una macilenta enferma siendo atendida por un médico y una monja, el médico toma el pulso y vigila los signos vitales —ciencia—, mientras la monja cuida al hijo de la enferma y con su mano libre le brinda una bebida reconstituyente —caridad—. Otro ejemplo lo tenemos en la obra *El doctor* (1890) de Luke Fildes, en la que se ilustra la consagración del galeno al cuidado de un niño tendido en la cama mientras sus padres lo observan atentos, en espera de su curación⁵.

Pero si han existido visiones positivas, también encontramos unas menos favorables, en las cuales se exponen aspectos que decantan en sátiras hacia la imagen del galeno, como la que se puede leer en la afamada y tan conocida sentencia de Voltaire: «Los doctores recetan drogas, de las cuales saben muy poco; para curar enfermedades, de las cuales saben menos, a los seres humanos, de quienes no saben absolutamente nada», u otra de la punzante cuña del Mula Nasrudín que encontramos en el siguiente relato:

—Tengo una adivinanza para ti, mulá —dijo un día el panadero a Nasrudín—. ¿Cuál es la diferencia entre un pastor y un médico?

5 Este cuadro fue inspirado en la muerte del hijo del pintor de la obra a causa de la tuberculosis cuando tenía un año de edad. Si bien la pintura no recrea la escena vital, sí pone énfasis en la actitud del médico frente al niño enfermo y su familia (Frau, 2016).

—Fácil —respondió Nasrudín—. El pastor mata y luego esquila, mientras que el médico esquila y luego mata. (Shah, 2004, p. 458)

Estas formas de ver al médico, aunque parezca raro, no son nuevas y se las pueden observar en el siglo V, en donde la codicia y la ineptitud del médico producía sarcasmos:

Raras todavía en las primeras comedias de Aristófanes, resuenan con cierta amargura en el *Pluto*, menudean en la Comedia Media, donde abundan las piezas con el título de *ia-tros*, y se multiplican en la sátira menipea y en los epigramas satíricos de la época romana. (Gil, 2004, p. 65)

Incluso Plinio expone en sus textos los abusos económicos por parte de los médicos, su falta de formación solapada y encubierta por su jerga al hablar, la ausencia de un código jurídico con el cual responsabilizarlos de sus actos y el descenso de su ética profesional.

Aun así, las cualidades médicas debían ser puestas a prueba frente al enfermo, pues la naturaleza del médico difiere de la de otras profesiones como la carpintería o la de un mercenario que actúa por un salario. Todo hombre médico o mujer médica, al recibir la misma educación y realizar iguales tareas, se encuentra preparado para enfrentar las dolencias de sus pacientes, pues él dispone al enfermo lo que le conviene a este y no al interés propio del médico (Platón. *Diálogos. La República*, 1988, p. 253).

La curación de los padecimientos y quebrantos en la salud en los habitantes de la *polis* se encuentra cubierta por diversos grupos de sanadores —purificadores, iniciadores, sacrificadores— informales o charlatanes, como se señaló anteriormente, que utilizan la magia para este fin, y por otro formal, los técnicos, que conviven en sincronía con la medicina sacra de los templos de Asclepios. El grupo formal de médicos, en su estructura interna, posee una división y gradación bien marcada, no todos se encuentran al mismo nivel, como lo podemos leer en el siguiente pasaje de la *República* de Platón, -citado por Osler (1932):

Ahora bien, ya sabes que cuando los enfermos no necesitan medicina, sino que únicamente hay que imponerles un

régimen, considérese que basta con el médico de clase inferior, pero cuando hay que suministrar medicinas, entonces debe ser de mayor talla. (p. 69)

Este sistema estratifica a la clase médica en dos grupos, uno encargado de la prescripción del régimen, el «médico de esclavos», sin educación formal y el otro mucho más preparado, formado por el «médico de hombres libres». Cada uno de estos grupos poseía características disímiles y perseguía, como señalaremos a continuación, fines diferentes.

Dentro del grupo de médicos que atienden a hombres libres encontramos al médico particular y al médico del Estado. Este último era el de mayor rango y jerarquía, su trabajo era remunerado con un salario; su cargo se ejercía por el lapso de un año y previa su renovación debía ser evaluado y examinado por un tribunal. Los médicos de este nivel eran escasos y, para alcanzar esta gradación, debían poseer mucha experiencia. La medicina que practicaba no se basaba solo en recetas, ahondaba en la naturaleza del problema, hablaba con el enfermo, le aconsejaba en espera de que, al seguir sus indicaciones, su salud mejorara gracias al régimen que le indicaba y al entendimiento de los acontecimientos que acompañaran a su sanación. Por lo tanto, «del médico sabio, el hombre libre debe recibir, más allá de los medios que permiten la cura propiamente dicha, una armadura racional para el conjunto de su existencia» (Foucault, 2007, p. 101).

Los médicos que se ocupaban de la atención de los esclavos solían ser esclavos también y eran tomados como ayudantes por los médicos libres. Ostentaban este título de médicos pese a que no recibieron una educación formal, sino que aprendieron el oficio mediante la observación de sus maestros:

[...] adquieren sus conocimientos de la medicina obedeciendo y observando a sus maestros; empíricamente y no conforme a la manera natural de aprender, como hacen los ciudadanos libres que han aprendido científicamente el arte que imparten ciertamente a sus discípulos. (Osler, 1932, p. 69)

A diferencia del médico de hombres libres, el de los esclavos no da explicaciones respecto a las dolencias, se centra en la prescripción de

la receta: ve un enfermo, lo atiende y sin mediar ninguna relación pasa a otro, no se desgasta en conversaciones, trata el cuerpo, pero no el alma. Su ética se encuentra regularizada por su falta de independencia, lo que dice su amo o patrón es su mandato, sus intereses priman y con ello comercializan la asistencia médica, para ellos el enfermo es un mero comprador de servicios. En las *Leyes*, Platón describe algunas de las formas de actuar en estos grupos:

[...] tú sabes que, siendo en las ciudades los enfermos esclavos y personas libres, en casi la mayoría de las ocasiones, son los médicos esclavos los que tratan a los esclavos, yendo de ronda casa por casa o permaneciendo en sus dispensarios. Ninguno de tales médicos da ni admite ninguna explicación sobre ninguna de las enfermedades de ninguno de los esclavos, sino que ordena lo que le parece por experiencia, como si supiera exactamente, con obstinación, como un tirano, y se marcha, saltando a otro esclavo enfermo. Así facilita a su amo el cuidado de sus enfermos. Por el contrario, el médico libre trata y vigila por lo general de las enfermedades de los libres, estudiándolas desde su surgimiento y de acuerdo con su naturaleza. Mientras comparte el tratamiento con el enfermo y sus seres queridos, aprende algo de los pacientes y también, en la medida de lo posible, lo instruye. No prescribe nada sin haberlo convencido antes por algún medio y, sólo entonces, cuando lo ha tranquilizado por medio de la persuasión lleva a cabo el restablecimiento de su salud. (Platón. *Las Leyes*, 1999, p. 383)

El aprendizaje de la medicina se cimentó en varios pilares. En primer lugar, la enseñanza directa de maestro a discípulo; el joven aspirante debía reunir un conjunto de requisitos previos, los que permitían tamizar a los posibles candidatos dejando solo a los más aptos. En *La ley*, uno de los libros del *Corpus Hipocrático*, se puede leer: «Debe, pues, aquel que vaya a aplicarse a un conocimiento auténtico del arte de la medicina estar en posesión de lo siguiente: capacidad natural, enseñanza, lagar adecuado, instrucción desde la infancia, aplicación y tiempo» (Hipócrates. *Ley*, 1983, p. 93). Segundo, la creencia de que la experiencia es la que permite o no la práctica de algunas actividades,

como lo podemos comprobar al aproximarnos al diálogo entre Sócrates y Teeteto, en el cual el primero habla sobre las parteras:

Ten en cuenta lo que pasa con las parteras en general y entenderás fácilmente lo que quiero decir. Tú sabes que ninguna partera asiste a otras mujeres cuando ella misma está embarazada y puede dar a luz, sino cuando es incapaz de ello. [...] Dicen que la causante es Ártemisa porque, a pesar de no haber tenido hijos, es la diosa de los nacimientos. Ella no concedió el arte de partear a las mujeres estériles, porque la naturaleza humana es muy débil como para adquirir un arte en asuntos de los que no tiene experiencia, pero sí lo encomendó a las que ya no pueden tener hijos a causa de la edad, para honrarlas por su semejanza con ella. (Platón. *Teeteto*, 1988, pp. 187-188)

Por lo tanto, un requisito primordial en la formación del médico es adquirir mediante la experiencia la habilidad de tratar a los pacientes. En la actualidad, como en antaño, esto es fundamental, la falta de contacto con los pacientes y la ausencia de prácticas genera médicos únicamente de libro, poco útiles al momento de tener que enfrentarse ante una situación adversa, más aún si esta necesita ser solventada mediante una habilidad manual. Mijaíl Bulgákov en su libro *Diario de un joven médico* nos relata las peripecias de un médico mozuelo recién graduado que consigue empleo en el poblado de Múriev, la que fuera la plaza de trabajo del gran doctor Leopold Leopóldovich. Durante su estancia en este lugar sentirá mucho temor y ansiedad al reconocer que su conocimiento más bien es teórico y poco ha podido palpar en su vida universitaria la práctica médica real; algunas de las inquietudes que desde el inicio cruzan por su cabeza son:

¿Y si tengo un caso de peritonitis? ¡ja! ¿Y la difteria que suele cebarse en los niños campesinos? Y [...] ¿cuándo es necesario hacer una traqueotomía? Tampoco me iría muy bien sin la traqueotomía [...] ¿Y los partos? ¡Había olvidado los partos! ¡Las posiciones peligrosas! ¿Qué voy a hacer? (Bulgákov, 2013, p. 15)

Ventajosamente esta sensación, constante en todo graduado y que se refleja en los protagonistas de obras literarias como: *La Ciudadela*, *Cuerpos y Almas*, *Sinuhé el egipcio*, etc., pasará gradualmente con la exposición a los diferentes padecimientos y su resolución práctica. Lo ideal siempre será, como indicó Sócrates al hablar de las parteras, llegar con un poco de experiencia en el campo que vamos a tratar.

Hipócrates indica que quienes han sido favorecidos por la naturaleza y han recibido sus dones alcanzarán, con su esfuerzo y dedicación, la recompensa: transformar sus estudios en un verdadero arte.

Lo primero que necesitas es capacidad natural, ya que teniendo a esta en contra todo resulta baldío. Mientras que, cuando ella te guía hacia lo mejor, viene entonces la enseñanza del arte, que debe irse adquiriendo con reflexión, tras recibir instrucciones durante la infancia, en un lugar adecuado para el aprendizaje. Además de esto debe añadir, por largo tiempo, una aplicación constante al trabajo, a fin de que el aprendizaje haciéndose natural propia, produzca buenos y abundantes frutos. (Hipócrates. *Ley*, 1983, p. 93)

De ser adecuadamente cultivados todos los insumos aprendidos durante el proceso formativo, cada uno de estos atributos operarán en el discípulo y se fundirán en su interior, adquiriendo un estado superior de amor y compromiso con la profesión médica. Aunado a esto se reforzarán los lazos de respeto y compromiso hacia el maestro que le sirvió de guía en esta travesía, actitud adquirida gracias al trabajo y trato diario del estudiante con su profesor, así como por su ejemplo cotidiano. Las ataduras entre educador y discípulo van más allá de las formalidades, son más profundas, les unen lazos, ya no solo educativos y formales, sino familiares. Por lo tanto, la familia del maestro merecerá igual consideración y, como sucede en todo núcleo familiar, de ser necesaria la intervención y ayuda de algún miembro de la familia, el alumno agradecido y la comunidad profesional estará en la obligación de asistirle. Como reza el juramento hipocrático: «tener al que me enseñó este arte en igual estima que a mis progenitores [...] considerar a sus hijos como hermanos míos y enseñarles este arte, si es que tuvieran necesidad de aprenderlo, de forma gratuita

y sin contrato» (Molina, 2008, p. 29). El médico, de esta forma, no tiene solo educación formal, sino una profundamente relacional.

Sobre la organicidad

Para los médicos de la Grecia clásica el concepto mágico religioso que unía al hombre con las enfermedades fue paulatinamente desapareciendo, filósofos y pensadores rompieron la atadura que los mantenían inmersos bajo una forma de ver la realidad tradicional y expandieron su pensamiento y reflexión hacia otros derroteros, les interesaba descubrir los principios fundamentales que permiten el funcionamiento del mundo. Inquietudes sobre las sustancias del universo, el hombre, su sociedad y la ética, les permitieron contemplar la realidad con otra óptica y comenzar un trabajo de reflexión distinta. Empédocles —siglo V a.C.—, propuso la existencia de cuatro elementos o raíces que proceden de la naturaleza y que, al ser combinados, permiten la creación de todos los cuerpos, los mismos que se disgregaran al llegar la muerte. Tierra, fuego, aire, agua se consolidan y forman un cuerpo gracias a su emulsión con otras fuerzas intangibles, el amor o el odio (Escohotado, 2020, pp. 55-56).

Según el filósofo, cada elemento posee su opuesto —tierra y aire, agua y fuego— y su equilibrio mantendrá la salud; cuando este nexo se pierde por la opresión de un elemento o por la caída de su antagonista, la salud se alterará. Posteriormente, Hipócrates adaptó esta idea señalando que estos cuatro elementos se encuentran representados en nuestro cuerpo por medio de humores: flema, sangre, bilis amarilla, bilis negra:

Lo que el maestro de Cos aportó a esta concepción fue la inferencia de que cada uno de esos elementos estaba presente —hoy nos sentiríamos tentados a decir «representado»— en el organismo a través de un «humor» característico. Así, el elemento aire tenía su humor correlativo: la flema producida por los pulmones. El humor correspondiente al agua era la sangre, y su órgano el corazón. Al fuego correspondía la bilis hepática, y el bazo producía el humor de tierra: la atrabilis, o bilis negra. (Rodríguez, 2011, p. 32)

Estos humores fluyen dentro de las personas, aunque no de manera común. Dependiendo de qué humor prevalezca, algunas personas poseerán rasgos flemáticos, coléricos, sanguíneos o melancólicos. Si alguno de estos humores excedía su acción, la persona enfermaba y debía ser tratada.

Si tomamos como correcto el presupuesto de que la salud producida por este equilibrio nos lleva a la felicidad —que se espera sea duradera, o al menos, acompañe la mayor parte de la vida—, todo estaría bien. Pero disueltos en estos humores también se encuentran el amor y el odio, y cabe la posibilidad de que gracias a ellos afloren trastornos que, confundidos como manías propias de la persona, sean pasadas por alto.

En el cuadro *Erasistrate découvre la cause de la maladie d'Antiochus* (1808) de Alexandre-Charles Guillemont se observa al médico Erasítrato quien, solicitado por el rey Seleuco, examina al joven príncipe Antíoco en busca de diagnosticar la misteriosa enfermedad que lo aqueja. Médico ágil de mente y buen observador nota que el pulso del príncipe se acelera al ver a su madrastra Estratonice y su semblante pálido y demacrado se torna sonrosado en su presencia, el diagnóstico salta a la vista: Antíoco está enamorado y la falta de consumación de esta pasión lo ha sumido en una completa depresión. El amor —*a*: sin y *mors*: muerte— que debería perennizar e inmortalizar el querer de la pareja casi lo lleva paradójicamente a la muerte, pero esta historia tiene un final curioso, el rey renuncia a Estratonice en bien de la salud de su hijo, disponiendo el matrimonio de los dos amantes. No cabe duda que C. Heinroth tenía razón: «Las pasiones no son más que carbones encendidos y arrojados a la base de la existencia o sierpes que inoculan veneno en los vasos sanguíneos» (Szczeplik, 2012, p. 57).

La búsqueda del origen de las enfermedades y sus expresiones —organicidad—, siguió su curso hasta paulatinamente decantar en la hipótesis de que todo lo existente se encontraba conformado por elementos imperceptibles a la vista humana, los cuales poseían forma triangular y eran los responsables de configurar la base estructural de lo conocido. Actualmente el enunciar que la célula es la estructura básica de la constitución del cuerpo humano no causaría ninguna expectación, ni qué decir de enumerar los variados elementos «invisibles» que la conforman: mitocondrias, ARN, ADN, sistema reticular, proteínas, etc., pero el salto cualitativo que fue dado para

comprender mejor el mundo fue colosal y ayudó a esclarecer y organizar más los procesos de salud y enfermedad, pues estas minúsculas fracciones, al combinarse, eran las que daban características particulares y consistencia a los elementos que las contenían, si ellas fallaban o se alteraban, la salud se deterioraba.

Para Platón, el triángulo más perfecto se encontraba formando la médula y de esta se generaba el resto de tejidos y órganos corporales; en este órgano se producía una dualidad perceptible: una bisagra entre el cuerpo y el alma, entre la muerte y la inmortalidad (Foucault, 2007, p. 123). Debido a que en su región redondeada —región craneana— se alberga al alma, mientras que en su parte alargada —médula— está contenida el alma moral. Platón, en *Timeo* escribe:

El dios, al idear una mezcla de todas las simientes para todo el género mortal, seleccionó de todos los elementos los triángulos primordiales que, por ser firmes y lisos, eran capaces de proporcionar con la máxima exactitud fuego, agua, aire y tierra, los mezcló en cantidades proporcionales y confeccionó con ellos la médula. Después implantó y ató las partes del alma a ella. En la distribución que hizo al principio, dividió la médula misma directamente en tantas y tales figuras cuantas y cuales especies de alma iba a poseer. Hizo totalmente circular a la que como un campo fértil iba a albergar la simiente divina y llamó a esta parte de la médula cerebro, porque el recipiente alrededor de ella sería la cabeza de todo ser viviente una vez terminado. Dividió, además, la parte que iba a retener el resto mortal del alma en figuras que eran al mismo tiempo esféricas y oblongadas, y llamó al conjunto médula. Después tendió de estas, como de anclas, ataduras de toda el alma y construyó todo nuestro cuerpo a su alrededor, para lo cual primero rodeó el conjunto con una cobertura ósea. (Platón. *Timeo*, 1992, p. 235)

Una vez generada la conceptualización del cuerpo: su origen y los componentes tangibles y etéreos que posee, el siguiente paso fue el preguntarse ¿cómo funciona el cuerpo humano?, ¿cuáles son los principios y fundamentos mediante los cuales se rige? Un ejemplo de esta inquietud y de los procesos racionales que se dieron en busca de

una respuesta lo encontramos analizando la formación del embrión humano. Lo primero a señalar frente a este problema es que, tanto los filósofos y médicos coincidían en que se necesita la eliminación del esperma dentro de la matriz de la mujer, pero la discrepancia surge al tratar de dilucidar cómo se produce este fenómeno, es decir, dónde se produce la simiente, cuál es su recorrido y qué función tiene esta, dándose una discusión fructífera en la búsqueda de la verdad.

La verdad o *alétheia* —*a*: no y *léthes*: cubierto—, entendida como el develamiento de algo desconocido o como la superación de algo que ya por pensarlo sentado se tenía olvidado, necesita para su consecución un proceso cognitivo más elaborado y preciso que la simple elucubración, pues confronta ideas en busca de una respuesta incierta a una pregunta planteada. Esta se contrapone con la *doxa*, que se sustenta en la simple opinión de quien la da, y muchas veces no es racional, sino emocional. Debemos recordar que para los griegos, como para nosotros ahora, lo importante era la reflexión, pues solo ella nos lleva hacia el *logos* o razón (García Gual, 2021, p. 39).

Continuando con la idea propuesta, Diógenes Laercio afirmaba que el esperma es producido por el cerebro para posteriormente descender por la médula hasta la parte inferior del cuerpo, para él, el esperma —simiente— será:

[...] una gota del cerebro —que contiene en su interior vapor caliente—, al introducirse en la matriz, libera líquido, originario del cerebro, humedad y sangre, de lo que constituyen carnes, huesos, cabellos y todo un cuerpo. Del vapor justamente salen el alma y la sensibilidad. (Diógenes, 2007, p. 427)

Mientras que, para Aristóteles el esperma era el producto residual de la alimentación, un concentrado sutil de nutrientes que almacena los elementos necesarios que permitirán el crecimiento de un individuo, ya que «el desarrollo del individuo y su reproducción descansan en los mismos elementos y tienen su principio en una misma sustancia» (Foucault, 2007, p. 124).

Otros autores postulaban que el esperma era producto de la agitación sanguínea debida a la excitación, momento en el cual espumeaba produciendo este fluido corporal. Un ejemplo de ello lo encontramos en Clemente de Alejandría (1988), quien afirmaba:

Entonces el *pneüma*, impulsado desde las arterias vecinas, se mezcla con la sangre que, aún manteniendo íntegra su sustancia, al desbordarse se vuelve blanca y se transforma en espuma por este choque. Experimenta la sangre algo parecido al mar que, bajo el embate de los vientos, «escupe espuma salina». Con todo, la sangre mantiene su sustancia. (p. 78)

Para Hipócrates este fenómeno se producía por diferentes factores:

Con el frotamiento de los genitales y el movimiento del hombre, el humor se calienta en el cuerpo, se vuelve fluido, se agita a causa del movimiento y forma espuma, como lo hacen también todos los demás fluidos al agitarse. Así también en el hombre se separa del humor, cuando se forma espuma, la parte más fuerte y la más densa, y llega hasta la médula espinal. Pues se extiende hasta ella desde todo el cuerpo y recorre desde el encéfalo hasta la zona lumbar, el cuerpo entero y hasta la medula; desde ella parten unos conductos que permiten a los humores llegar hasta allí y volver a Sali.

Después de haber llegado a la médula, el esperma circula hasta la zona de los riñones, pues allí pasa el camino a través de la vena [...] Desde la zona de los riñones, el esperma avanza por el centro de los testículos hasta los genitales. (Hipócrates. *Sobre la Generación*, 2003, p. 175)

Como se puede ver, la búsqueda de respuestas concretas llevó a la formulación de teorías, cada una con su respectiva lógica, y no se espera la respuesta divina, sino la concreción de los sucesos en un pensamiento racional. La enfermedad se produce por alteraciones dentro del organismo, cambiando su estructura y función y, por lo tanto, generando un extenso abanico de signos y síntomas que pueden ser estudiados.

Complementariamente, este intento por entender lo que es y cómo funciona el hombre, dio paso al estudio de lo tangible: la anatomía⁶. En la *Iliada* ya se describió una anatomía corporal externa y

6 Carlos García Gual nos indica un punto importante respecto al conocimiento anatómico en este período: «Recordemos [...] que los hipocráticos no practicaron la disección de cuerpos humanos —probablemente por el respeto religioso griego tradicional hacia el

macroscópica, aunque, como indica Bruno Snell, debemos recordar que en la anatomía Homérica el término *soma* no tenía la connotación que se le daría más tarde: la de cuerpo como unidad, sino que se lo entendía como partes unidas entre sí. Por lo tanto nos indica que los términos utilizados eran *gyia*, miembros, en tanto que estos poseen movimiento por sus articulaciones y *melea*, miembros, importantes por la fuerza de los músculos (Snell, 2019, p. 24). Cuando la búsqueda se profundice se describirá la estructura ocular y del cerebro integralmente, sus meninges, plexos coroideos y fosa romboidea. Herófilo afirmaba que los nervios no se originan en el corazón sino en el cerebro, de la misma manera, describía el duodeno, páncreas y órganos sexuales —próstata, vesículas seminales, epidídimo— entre otros órganos.

La anatomía comparada no tardó en desarrollarse. El mismo Herófilo decía que el hígado del hombre es muy considerable y grande, en relación con el de los restantes animales de igual volumen. De la misma forma hará alusión, aunque muy burdamente, a la unión de la anatomía con las otras ramas del saber médico, por ejemplo, con la embriología: «el hígado [...] tiene el aspecto de una herradura, por donde el feto penetra la vena umbilical» (García Ballester, 1974, p. 13). Algunos autores profundizarán más y generarán una descripción más detallada y anatomo-fisiológica, como es el caso de Eristrato, su propuesta es explicada por Luis García Ballester (1974):

Según él, la sangre se mueve por las venas impulsadas desde el corazón y pasa directamente a las partes periféricas, derramándose en ellas para convertirse en órganos parenquimatosos. De este modo, la sangre es concebida como sustancia nutritiva, tanto plástica como energética, de las porciones del organismo. Las arterias contendrían solamente *pneuma*, procedente de la respiración, que iría a las partes periféricas para vivificarlas. (p. 13)

cadáver— y eso influyó en su visión muy imprecisa del oscuro interior del cuerpo, frente a su buen conocimiento de los huesos, por ejemplo. Fue excepcional al respecto la medicina alejandrina durante un breve período. Allí este tabú religioso tradicional no regía, y algunos médicos alejandrinos practicaban disecciones de cuerpos humanos incluso en seres vivos» (2003, pp. 5-6).

Gracias a la conjunción de las vertientes anatómicas, fisiológicas, observacionales y filosóficas, el ámbito médico logró un adelanto sustantivo en su pensamiento, los nexos producidos permitieron dar un paso adelante y adoptar cierto escepticismo. Todo acontecimiento o suceso debe ser puesto en duda y razonado en su contexto: «los que han pretendido hablar o escribir de medicina basando su explicación en postulados aislados, “caliente y frío”, “húmedo y seco”, cometen errores de bulto en muchas de sus afirmaciones» (Hipócrates. *Tratados*, 1982, p. 63). Por lo tanto, para evitar estos vicios interpretativos, el conocimiento deberá ser sometido a un análisis racional⁷.

Un ejemplo de esto lo encontramos al analizar el sistema fisiológico de Erasístrato quien, como ya se señaló, afirmaba que las arterias contenían *pneuma* o «espíritus vitales» en su interior. Este conocimiento «observado» en múltiples cadáveres mediante la certidumbre de encontrar vasos sanguíneos vacíos en los cuerpos, fue sometido a evaluación mediante vivisección para confirmar su veracidad. Si bien la punción de las arterias demostraba evidentemente la salida de sangre de su interior, Erasístrato dio una explicación naturalista a este suceso: «al realizar la incisión en la arteria, el *pneuma* vital se escapa por ella y [...], puesto que la naturaleza aborrece el vacío, un flujo de sangre venosa pasa a los vasos arteriales impidiendo que queden sin contenido» (González, 2007, p. 21). Otros personajes que pusieron a prueba la fisiología en busca del origen de la enfermedad fueron Aristóteles —precursor de la anatomía comparada—, Teofrasto, Estratón entre otros.

Sobre los tipos de enfermedades y afecciones del cuerpo y del alma

El concepto de *pathos*, enfermedad, se aplica tanto para las dolencias físicas como para las perturbaciones producidas en la *psyché*, alma. Al igual que lo expuesto sobre el cuerpo en la literatura homérica, el

7 El método que el autor ataca es el de las *hypothesis*. El término *hypothesis* no equivale aquí a lo que la ciencia moderna entiende por hipótesis, que debe ser respaldada por los datos y depender siempre de la experimentación. Aquí es una premisa que debe ser aceptada *a priori* y que en ningún momento necesita ser demostrada ni verificada. Equivale, pues, a lo que para nosotros es un postulado o axioma (Hipócrates. *Tratados. Sobre la medicina antigua*, 1982, p. 63).

concepto de alma o espíritu se difumina; en Homero «*psyque* equivale a alma solo en la medida que “anima” al hombre, es decir lo mantiene en vida» (Snell, 2019, p. 30) es el hálito vital que al desprenderse de nuestro cuerpo se lleva con él nuestra vida. El primero en exponer una nueva concepción de alma fue Heráclito, propuso que «el ser humano consta de cuerpo y alma, y el alma está dotada de cualidades que se diferencian escénicamente de las del cuerpo y de los órganos corporales» (Snell, 2019, p. 48), pues esta tiende a lo infinito. Para los griegos el concepto de alma no contemplaba un aspecto de orden inmaterial como se entiende en la religión cristiana, sino como una parte del cuerpo, pero de orden sutil, encargada del dominio de la sensibilidad. Carlos García Gual nos conduce a un fragmento escrito por Laín Entralgo:

[...] la actividad propia del alma [...] puede ser cognoscitiva —el alma como agente del pensamiento, de la inteligencia y la conciencia psicológica—, afectiva —el alma como órgano que siente placer, alegría, pena, dolor— o estimativa —el alma como instrumento para conocer a través del cerebro como intérprete, «el mal y el bien, lo agradable y lo desagradable, lo útil y lo inútil»—. (García Gual, 2003, p. 4)

Cualquiera que sea el origen de la afección, a saber, un desequilibrio en los humores corporales o en sus cualidades, factores de la naturaleza, etc., causará un padecimiento, pero en esta etapa la enfermedad no se quedará limitada a una mera descripción fruto de la experiencia del médico, sino que este buscará ir un paso más lejos, hacia una nosología —estudio individual de la patología— y nosografía —descripción y clasificación de las enfermedades—.

Estas ansias de saber más y acrecentar el conocimiento han sido varias veces puestas en escena por la literatura, como ejemplo podemos citar las peripecias sufridas por Rob Cold, un aprendiz de barbero y personaje principal de la obra de Noa Gordon: *El Médico*, quien, al presenciar la extracción de una catarata por parte de un médico judío, empezará una travesía que lo llevara a Persia, donde conocerá y estudiará con el afamado Ibs Sina, Avicena, o la trama que subyace a la investigación llevada a cabo fruto de las muertes de algunos niños en el poblado de Schongau a causa de supuesta brujería en el libro *La*

hija del verdugo, en la cual se puede observar a un médico necesitado y ávido de conocimientos: Simón, quien apremiado por este deseo visita frecuentemente a Jakob Kuisl, verdugo del pueblo y poseedor de una biblioteca médica envidiable.

Este intento por describir de manera más profusa las enfermedades produjo un giro conceptual interesante, una apertura hacia una visión clínica más estructura y científica de la enfermedad basada en tres puntos:

1. La clasificación general de las enfermedades, en donde se trata de establecer algunas categorías referentes a ellas. La principal englobará el campo de las enfermedades posibles, que luego abrirá un abanico de posibilidades patológicas como: las afecciones de perturbación, enfermedades que anclan en cuerpo y alma, estados debilitantes y males inveterados.
2. El Diagnóstico etiológico, pues para entender la enfermedad no solo es necesario clasificarla, sino buscar la causa que la produce. Es comprensible que en este período temporal las etiologías no poseyeran agentes etiológicos específicas como en la actualidad, pero agruparan a estos en grupos macroscópicamente afines como: enfermedades ulcerosas, cancerosas, de la vista, nostalgia (Segura, 2007, p. 94). Cuando las causas eran inciertas se las catalogaba como desconocidas o varias.
3. La Sintomatología, en donde se encuadran todos los signos y síntomas del padecimiento, el curso natural de la enfermedad y las normas para su posible curación. Un ejemplo lo encontramos en la descripción de una enfermedad pulmonar, la tuberculosis: Hemoptisis [...] respiración quejumbrosa, tos seca, emisión de esputo [...] Proceso de la enfermedad [...] le ha invadido la fiebre, aumenta la tos, ha adelgazado muchísimo, se halla completamente postrada [...] Pautas para la curación [...] el aire es saludable y hay leche muy apropiada para este tipo de curas. (Segura, 2007, pp. 94-95)

Dentro de este hábito también se encuentra el pronóstico, que estará relacionado con la experiencia y capacidad del médico para vislumbrar posibles escenarios futuros, ya lo indicó Hipócrates (1982): «Que el médico se ejercite en la previsión me parece excelente. Pues si conoce de antemano y predice ante los enfermos sus padecimientos presentes, pasados y futuros [...], logrará una mayor confianza» (p. 127).

Las afecciones del cuerpo y el alma difieren entre sí. Las del alma son más difíciles de diagnosticar y tratar, pues comprometen el área sensible, por lo tanto, pueden pasarse por alto y en ocasiones confundirse, como señalaba Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, se puede tomar como una virtud y asociar la ira con la valentía, la pasión amorosa con la amistad, la envidia por emulación, la cobardía por prudencia. En tanto que las afecciones corporales se manifiestan por signos observables como el pulso, temperatura, dolores y, en casos más severos, letargia, epilepsia y apoplejía.

Es importante recordar que cuerpo y alma se encuentran relacionados, existiendo ciertas patologías en donde las dos se integran, o una puede prevalecer sobre la otra: «Tal como las cosas sanas y las malsanas, de las que nada difieren, pues lo que estas son en el cuerpo aquellas lo son en el alma» (Platón. *República*, 1988, p. 241).

Se presentarán afecciones que pueden ser generadas por alteraciones de la mente y el alma. La importancia de esto y de su repercusión psicosomática la podemos encontrar al revisar la enfermedad padecida por Rutilio Gálico, que es descrita por Estacio como «un repentino peligro» que avanza sin vacilar, producido por la tensión del trabajar y el dominio de su espíritu vigoroso, una enfermedad mental, con graves consecuencias físicas que lo llevó a un agotamiento extremo, cansancio psíquico, languidez y abulia, pereza, olvido o renuencia al deseo de vivir (Segura, 2007, pp. 102-103).

Psyqué es presentada como una hermosa y joven princesa siciliana en la historia de Apuleyo, *El Asno dorado*. En este relato se granjea la ira de Afrodita, se relaciona y enamora de Eros y por esto sufrirá grandes penurias y pesares. Andrzej Szczeklik (2012) nos esquematiza esta historia de la siguiente manera:

La diosa Afrodita, profundamente ofendida e indignada por su belleza, envió a Eros para que la castigara; sin embargo este se enamoró locamente de Psyché y se la llevó a un palacio

encantado que permanecía oculto en un valle florido, resguardado por unas rocas, y allí la visitaba por las noches. El dios la advirtió de que nunca intentara saber quién era él, pues la mera visión de su rostro habría de causarle grandes infortunios. Las hermanas de la princesa pensaban que debía de tratarse de un monstruo, una bestia, por cuanto no permitían que nadie lo contemplara. Cierta noche, mientras Eros dormía, sin poder controlar su curiosidad, Psyché se acercó a él con una lámpara de aceite. La belleza divina de Eros la deslumbró, haciendo temblar, con lo que una gota de aceite caliente cayó sobre el brazo del dios. Eros desapareció y con él el palacio de ensueño, y la princesa se quedó sola entre las rocas salvajes. (pp. 67-68)

La historia continúa tristemente pues, la princesa es encarcelada por Afrodita y obligada a trabajar hasta el cansancio para ella, pese a la ayuda de Eros, no fue sino la intervención del padre de los dioses Zeus, quien permitió la unión de la pareja, concediéndole la inmortalidad a la princesa. Szczeklik termina este relato con esta bonita conclusión: «Como vemos, Psyché poseía cualidades del alma humana: era bella, tenía curiosidad sin límites y no se sometía a los dioses» (p. 68).

El alma puede manifestarse a través de los sueños, de tal manera que aquel que pueda interpretarlos correctamente poseerá una herramienta que acrecentará su conocimiento, con esta capacidad podrá adentrarse más en el entendimiento de las cosas, por ejemplo, Artemidoro (1989) consideraba moralmente censurable el incesto —hijo, madre— pero en el ámbito interpretativo le confiere características positivas y negativas:

Es un buen presagio para cualquier artesano y operario, pues se suele llamar «madre» a la propia actividad profesional y, en verdad, tener trato carnal con ella. ¿Qué otra cosa podría significar, sino desempeñar un empleo y ganarse la vida a través del mismo? Además, es beneficioso para todo cabecilla popular y hombre político en tanto que la madre simboliza a la patria. [...] Mas, tratándose de enfermos, el presagio no es el mismo si la madre está muerta, puesto que en este caso el que tuvo la visión perecerá rápidamente. Ciertamente, el

cuerpo de una persona fallecida se deshace en la materia de la que ha sido hecha y de la que está compuesto, por ser el principal elemento constitutivo la tierra, aquel se transforma en la sustancia afín y en la tierra la madre no con menor motivo. ¿Qué otra cosa podría significar para un paciente unirse con una madre ya muerta, sino entrar en contacto con la tierra? (pp. 183-184)

Las enfermedades del alma distan de ser tratadas como las del cuerpo, necesitan la intervención de un elemento más sutil por medio del cual emprender un proceso de razonamiento y argumentación que permita luego del diagnóstico oportuno cambiar y modificar las pasiones, para esto el médico debe valerse de la filosofía:

Por vuestra parte, debéis saber que los médicos han encontrado muchos remedios de todo tipo para las enfermedades del cuerpo, pero para las almas ignorantes y cargadas de malos deseos no hay otro remedio que el discurso que se atreve a reprender los equivocados. (Isócrates, 1980, p. 21)

La medicina más idónea para el tratamiento de las enfermedades del alma es el *logos*, que arremeterá con fuerza contra los errores generados por las pasiones, solo mediante este método se podrá llegar a la raíz del problema y su resolución. La medicina más apropiada para el tratamiento del cuerpo tiene que ver con el régimen.

Sobre el régimen

La práctica médica en este período podía ser abarcada desde tres vertientes: el régimen, la administración de medicamentos y las operaciones, las dos últimas opciones son meramente curativas en tanto que, la primera posee un carácter tanto preventivo como curativo, por lo que Celso enaltece a los que la profesaban nombrándolos «los más ilustres». Esto se debe a que el régimen no es un conocimiento meramente técnico, es un estilo de vida, o más exactamente, un «arte de vivir», mediante el cual el individuo interactúa con su propio cuerpo, con los alimentos, el ambiente, la vigilia, el sueño, pero no se circunscribe exclusivamente a ellos, pues la salud está también

de la mano de la ética, la moral y del dominio personal, lo que los griegos denominaban el «dominio de sí», a lo que nos referiremos más adelante.

Cuando se habla de régimen o se hace alusión a este, es importante tener presente el concepto de «medida», esto quiere decir que toda actividad, sea esta ejercicio, alimentación, sueño, relaciones sexuales, etc., debe ser realizadas en su justa proporción, en su justa medida, es decir, sin llegar a incurrir en falta por excesos o por carencias, no solo en el ámbito corporal sino también en el orden moral. Si es importante tener el cuerpo sano, de igual forma es importante que nuestra alma también sea sana. Un ejemplo de esto lo encontramos en Jerofonte quien recomienda que, para obtener una buena proge-
nie, la mujer no debe beber vino, el marido debe realizar ejercicio físico y la alimentación con carne debe ser medida, una pareja que quiera procrear debe evitar concebir en estado de embriaguez. Todo conlleva moderación, pero esfuerzo.

Más aún, la vida de molicie y los placeres momentáneos no son capaces de producir bienestar al cuerpo, como dicen los maestros de gimnasia, ni de infundir en el alma un conocimiento digno de este nombre, mientras que ejercicios practicados firmemente llevan a alcanzar belleza y gloriosas acciones, como aseguran los grandes hombres. (Jenofonte, 1993, pp. 65-66)

En el libro *Cuerpo y Almas*, de Maxence Van der Meersch, se describe la importancia del régimen para combatir las enfermedades. Michel, el protagonista de esta obra, visita a Domberlé, un especialista e innovador en el tratamiento de la tuberculosis, pues Evelyne adolece de esta enfermedad. En su encuentro el viejo doctor cuestiona el régimen instaurado en la enferma:

El exceso de trabajo y la sobrealimentación han consumado su obra —dijo a Michel—. Su mujer es una heredoartrítica, intoxicada desde la infancia por la fatiga y una alimentación demasiado fuerte. Ha sido la debilitación de esos «humores» emponzoñados los que ha permitido al microbio instalarse sin lucha. (Van der Meersch, 1998, p. 158)

El régimen para Domberlé es necesario, solo la combinación de varios factores al unísono lograrán el cometido propuesto, la sanación; pero esto no será del todo fácil, deberá ser ejecutado rigurosamente y con exactitud, él está convencido de esto, así que al dirigirse a la pareja expone: «[...] con un régimen acertado y la ayuda de Dios se hacen milagros» (Van der Meersch, 1998, p. 158).

Un aspecto a considerar en el régimen es la influencia que ejerce el ambiente sobre los seres vivos. Las estaciones, fases lunares y ciclos solares pueden actuar sobre las personas y alterar sus funciones impactando directamente sobre su salud, por lo tanto deben tomarse las medidas previsoras para evitarlo. La frialdad, calor, humedad y sequedad producidos por los cambios estacionales exigirán la modificación del régimen imperante en ese momento por otro, en un intento de mantener un equilibrio, es decir: ante una estación fría se deberá seguir un régimen de recalentamiento, ante un calor excesivo el régimen será refrescante y así. Y si bien, este proceso parecería fácil por su simpleza, pues apela a los opuestos, puede tornarse un tanto más complejo si la persona así lo decide y opta por un proceso de «emulación o imitación» con la intención de fortalecimiento. En este caso, se expondrá a un agente en busca de obtener mayor resistencia, ejemplificando esto, si una persona no se esconde del frío y lo enfrenta, puede adquirir un grado de resistencia y vigor contra este.

El régimen no puede ser fragmentario, debe ser integral, todos sus elementos trabajan al unísono. Si uno sabe ejecutar las acciones con prudencia, medida y con dominio de sí, el régimen será efectivo, si la persona se deja desbordar por las pasiones, deseos o excesos, el régimen no tendrá el efecto deseado y, peor aún, puede generar alteraciones más graves que las que se quiere prevenir. Con respecto a la integralidad del régimen en las diversas estaciones, Michael Foucault (2007) sintetiza algunas ideas del Régimen Hipocrático que citaremos a continuación:

1. Invierno.

El invierno, desde el ocaso de las Pléyades hasta el equinoccio de primavera, es una estación en la que el régimen debe ser secante y cálido en la medida en que la estación sea fría y húmeda: así pues, carnes asadas más que cocidas, pan de trigo candéal, legumbres secas y en pequeña cantidad, vino algo

diluido, pero en poca cantidad, numerosos ejercicios y de todas clases (carreras, luchas, paseos), baños que deben ser fríos después de los adiestramientos —siempre demasiado caluroso— de la carrera, y calientes después de los demás ejercicios, relaciones sexuales más frecuentes, sobre todo para hombres de más edad para quienes el cuerpo tiende a enfriarse, emético tres veces por mes para los temperamentos húmedos, y dos veces para aquellos que son secos. (p. 105)

2. Primavera

Durante el período de primavera en el que el aire es más cálido y más seco, y cuando es necesario prepararse al crecimiento del cuerpo, deben comerse tanto carnes cocidas como asadas, absorber legumbres húmedas, tomar baños, disminuir la cantidad de relaciones sexuales y de eméticos: vomitar solo dos veces al mes o más raro incluso, de modo que el cuerpo conserve una carne pura. (p. 106)

3. Verano

Después de la salida de las Pléyades, cuando llega el verano, es contra la sequedad sobre todo que debe luchar el régimen: beber vivos ligeros, blancos y diluidos; pasteles de cebada, legumbres hervidas o crudas, sino exponen a subir el calor, abstenerse de eméticos y reducir en lo posible los actos sexuales, disminuir los ejercicios, evitar las carreras que secan el cuerpo, así como caminar bajo el sol, y preferir la lucha en el polvo. (p. 106)

4. Otoño.

A medida que nos acerquemos a la salida de Arturo y al equinoccio de otoño, hay que hacer más suave y húmedo el régimen (p. 106).

Las personas prudentes deberán vigilar la eficacia del régimen, y mediante una vigilancia estricta de su alimentación, ejercicio y actividad sexual escoger con autonomía lo que mejor le siente, pues no

hay mejor manera de mantener una buena salud sino convirtiéndose en artífice de ella.

Cuando se trata de afecciones corporales del alma estas podían ser sanadas mediante la palabra, ya que son estas las que guían las almas hacia la salud del cuerpo (Druille, 2009, p. 127). En *La Vida de Pitágoras*, Porfirio alude a la existencia de cantos curativos estos lograban que los enfermos sanen sus males corporales, otros lograban hacerle olvidar las penas, calmar su cólera o controlar los deseos desenfrenados. Estos cantos curativos de carácter mágico pueden ser llamados de diversas maneras y muchas veces tomados como sinónimos: conjuros, ensalmos, encantamientos, hechizos poseen algunas diferencias. Los conjuros predominarán una intención imperante o coactiva, en tanto que en los ensalmos una intención imperativa o suplicante (Porfirio, 1987, p. 44)⁸.

Un aspecto que complementa lo expuesto anteriormente es la práctica de la moral. Si entendemos a esta como un conjunto de reglas, valores y normas que tienen como fin regir el comportamiento humano en los diversos momentos históricos gracias al marco normativo que la sociedad le exige (Pastor, 2023, p. 49), debemos aceptar que no todos sus habitantes son coherentes con estas necesidades, por lo tanto, muchos escapan o anulan estos códigos por decisión propia, haciendo que esta doctrina esté presente, pero diluida u olvidada en la realidad. Pues en la antigua Grecia esto no era la excepción, si una persona deseaba ser un ciudadano ejemplar, debía trabajar y encaminarse hacia la búsqueda del «dominio de sí». Solo mediante un trabajo constante de aprendizaje, asimilación de preceptos, control permanente de la conducta, podrá obtener una conducta moral.

Solo cuando decidimos por propia intención obtener la «determinación de la sustancia ética», el individuo puede «dar forma a tal o cual parte de sí mismo como materia principal de su conducta moral» (Foucault, 2007, p. 27) y entre otras múltiples cosas podrá seguir al pie de la letra los regímenes prescritos sin poner pretextos o reticencias. Si se le solicitara la abstinencia de alimentos, de relaciones sexuales o si se le sugiriera un régimen que contemple ejercicios, él tendría la entereza para realizarlos sin protestar. El trabajo sobre sí

8 Por la importancia de esta práctica Pedro Laín Entralgo dedicó un libro al estudio de este tema, titulado: *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*.

consiste precisamente en esto, en un autodomínio que le permita a la persona no dejarse llevar por los placeres y deseos, conservando la tranquilidad fruto de la liberación de las cadenas que nos atan a las pasiones y en alcanzar el disfrute de sí mismo (Foucault, 2007, p. 187). Solo gracias a la conjunción de estos elementos: cuerpo, mente y moral, se puede conseguir y dar vida al famoso principio de *Mens sana in corpore sano*, «Mente sana en cuerpo sano».

Hasta el momento hemos intentado mostrar cómo el cambio en la concepción mágico-religiosa en la medicina dio paulatinamente lugar a una visión más estructurada de la salud, no fue aislada sino inclusiva, pues no solo congregó a las leyes naturales, los diversos regímenes y al médico, sino a través de ellos la medicina y su práctica estuvo estrechamente relacionada con la filosofía y la moral. La salud no se sostiene en la corporalidad sino en una forma de actuar, es decir, posee una base moral, pilar fundamental para la búsqueda de lo que se denominará la «vida buena». En otras palabras, una vida digna de ser vivida gracias al cultivo de la virtud y de la contemplación, como veremos en los siguientes capítulos.

Antes de terminar es necesario puntualizar que la sociedad griega a la que nos hemos referido era netamente patriarcal, en la cual la moral era de hombres, escrita para hombres y, por lo tanto, la imagen de la mujer estaba oculta. Como señala Foucault (2007):

Se trata de una moral de hombres: una moral pensada, escrita y enseñada por hombres y dirigida a los hombres, evidentemente libres. Por consiguiente, moral viril en la que las mujeres solo aparecen a título de objetos o cuando mucho de compañeras a las que hay que formar, educar y vigilar [...].
(p.24)

Si bien se podría romper una lanza por los griegos al suponer que no existía impedimento hacia las mujeres para el aprendizaje de la medicina, así como el relato de Platón en la *República* en el que indica que hombres y mujeres son iguales, no hay evidencia sólida que esté a favor de este hecho. En la actualidad esta visión ha sido superada y la imagen de la mujer ha transitado una justa reivindicación.

Mitologías

«Los peligros descubren a los hombres, les hacen conocer
 en los infortunios, pues entonces por fin del hondo del pecho
 son proferidas voces verdaderas: las máscaras se quitan
 y queda la realidad».

(Lucrecio)

Muchas veces el desconocimiento de algún detalle no modifica el resultado utilitario de ese algo, es decir, no es necesario saber los detalles de la fabricación de un auto para poder manejarlo en su momento o de cómo se fabrica una computadora para poder utilizarla. Pero cuando hablamos de un ente más concreto, como el ser humano, y lo alejamos de su contexto, nuestro campo de visión acota las oportunidades de entenderlo completamente.

En la medicina y su práctica pasa algo parecido, lo importante son los conocimientos teóricos y prácticos que se adquieren, pues son estos los que necesitaremos para curar. Pero su historia, los componentes míticos que la acompañan, los relatos sobre ella ¿son importantes? Sus vocablos, sus símbolos ¿podrán ayudarnos a entender el verdadero significado de nuestra profesión? ¿nos traerán enseñanzas? ¿o solo son contenidos que buscan los frikis para pasar el tiempo? La verdad es que la medicina como profesión humanística cometería un error al separarse de su influencia histórica, pues con ello lo único que lograríamos sería el observar al ser humano como un mero mecanismo, como simple máquina.

El ser humano es cuerpo, pero también *psyqué*, por lo tanto, el estudio de las humanidades —historia, ética, filosofía, y ramas afines— complementa nuestra formación y nos hace entender que a quien tenemos delante nuestro es un ser humano. Desde los inicios de la formación médica se ha dado énfasis a la técnica —indudablemente

importante—, y en el intentar hacer, y sin quererlo se han banalizado los saberes complementarios que nos ayudan a entenderla.

Estos ensayos tendrán dos propósitos específicos: el primero, tratar de mostrar la génesis de algunos conceptos que en medicina se dan por sentados y que en muchas ocasiones son incomprensidos en su totalidad, incluso para aquellos que ejercen la profesión —para muestra un botón, la gran y extendida confusión entre el bastón de Esculapio signo de la medicina y el caduceo de Hermes—. El segundo pretende proveer una clave de análisis más actual para la reflexión de estos mitos, que pese a su origen lejano exponen temáticas de rampante actualidad.

Cada uno de los textos presentados en este segmento tienen como fin no solo develar información muchas veces curiosas y entretenidas, sino de adentrarnos en el pensamiento griego que lo urdió y reconocer que para ellos la necesidad de una moral que dirija sus actos era primordial. El deseo de una *buena vida* puede ser embriagador, pero las consecuencias de quebrar la recta senda pueden ser dolorosos y tormentosos como veremos a continuación.

La mano: camino a la inteligencia

Hefesto el herrero, hijo de Zeus y Hera, es considerado el dios de los artesanos. Según cuenta la historia, su madre al nacer lo vio tan feo que lo lanzó del Olimpo causándole una lesión en la pierna que le produjo una cojera permanente, debiendo utilizar, para movilizarse, la ayuda de un bastón. Al parecer esta práctica no era tan infrecuente si damos crédito a relatos como el de *La Batalla de las Termópilas*, aquí nos apartaremos del canon tradicional de Heródoto, para incursionar en la historieta gráfica de Frank Miller 300 —que sirvió como inspiración para la película del mismo nombre—, en su capítulo tres, *Glory*, un deformado hombre, explica al rey Leónidas su presencia: «Soy Ephialtes, nacido en Esparta. El amor de mi madre llevó a mis padres a huir de Esparta para que no me descartaran» (Miller & Varley, 1998), claro está que cuando este hombre le solicita pelear a su lado como un espartano el rey niega su petición, granjeándose su enemistad y posterior traición.

Pese a su origen e incapacidad Hefesto se convirtió en una deidad idolatrada por todos los centros productivos y de manufactura griega. En el himno homérico a este dios se nos cuenta que fue él quien enseñó los oficios —escultura, metalurgia, herrería, etc.— a los hombres, no podemos quejarnos de tal acto de generosidad que nos sacó de la oscuridad de las cuevas a la claridad del conocimiento:

A Hefesto, famoso por su industria, canta Muza de voz sonora, el que junto a Atena, la de los ojos de lechuza, oficios

ilustres enseñó a los hombres que moran sobre la tierra, quienes antes en grutas de las montañas habitaban como fieras. Pero ahora, habiendo aprendido oficios gracias a Hefesto, famoso por su ingenio, con holgura, en tanto se suceden los años, sus vidas pasan sin cuidado, en sus propias casas. (Torres, 2005, p. 351)

Oficios que para su ejecución necesitaban a más de herramientas como cuchillos, telares, ruedas, martillos, plumas, etc., de un instrumento mucho más fino y preciso para su conducción, las manos. Las manos como instrumentos de desarrollo no solo demuestran nuestra evolución corporal y neurodesarrollo, sino nuestra evolución moral. Con ellas podemos dañar intencionalmente, como cuando golpeamos con ira al otro ser humano, o inintencionalmente, como cuando realizamos una incisión para realizar una cirugía en busca de la curación de una enfermedad; pero a la vez pueden tener un fin mucho más noble, ser el instrumento que nos permita acercarnos al otro, acogerlo, abrigarlo, asirlo. Joseph María Esquirol recuerda que el gesto de unir las puntas de los dedos mientras separamos nuestras palmas asemeja el tejado de una casa, por lo que nuestras manos también indican protección y cobijo.

La importancia que daban los griegos a la actividad manual era patente. No es raro que a los médicos se los designe muchas veces con el término: *demiourgos*, artesano, palabra proveniente de *demos*: pueblo-público y *ergon*: producción; pero esta categoría no va sola, se acompaña de otra noción interesante, para los griegos clásicos las manos hacen algo más, por eso indican que «se piensa con las manos», idea adelantada a su época, pues preveía la existencia de una estrecha relación entre la cabeza, mente, y las manos, el hacer, sentir.

La función de la mano ha de entenderse en estrecha relación con la función intelectual, ya que la inteligencia humana se expresa haciendo, como *homo faber*, y esta acción es primariamente manual. (Pera, 2003, p. 231)

Aquí radica precisamente la diferencia. Un trabajador manual, *jeirotej-non*, imprime en sus actos una actitud mecánica y no reflexiva de lo que pretende hacer, mientras que un artesano, *demiourgos*, piensa, medita, actúa con conocimiento y, fruto de este conocimiento, actúa con ética.

La actividad manual fue mal vista y sufrió a través de los años una depreciación, la sociedad por mucho tiempo vio con malos ojos el acto de hacer cosas con las manos. Era impuro tocar y cortar un cadáver, actividad que era encomendada a personas consideradas de baja ralea y que, luego de manipular los cadáveres, eran denominados intocables. Este prejuicio que limitó el avance de la cirugía —sobre todo en el Medioevo— ha quedado para la historia. En la actualidad podríamos afirmar que se ha revalorizado y humanizado el quehacer de las manos.

Cuando se palpa y explora al paciente no solo se lo hace con técnica —importante, pues se debe saber cómo ejecutar las maniobras adecuadamente, en el lugar correcto y con una intensidad controlada—, sino que se lo realiza con sentido «noético», con lo cual el acto no queda en la mera palpación arbitraria, en su lugar se produce un engranaje que funde en un instante el trabajo de nuestros sentidos, así como el de nuestra mente, construyendo a través de esta conjunción un componente cognitivo nuevo propio de cada persona.

Como podemos comprender, la actividad manual en la práctica médica es fundamental y si bien se hace hincapié de la importancia de este proceso en la cirugía, este no se limita a esta especialidad, sino engloba a casi todas ellas:

El conocimiento que el cirujano adquiere a través de sus manos acerca de lo que ocurre al enfermo le es útil, antes, durante y después de la intervención quirúrgica. Antes de la intervención, como le sucede a todo médico, la exploración manual es, muchas veces, fundamento de su diagnóstico, aunque en nuestros días, con la proliferación continuada de nuevas técnicas exploratorias, físicas, químicas y biológicas se cae en el error de olvidar los valores indudables que toda exploración manual del paciente encierra [...]. (Pera, 2003, p. 234)

En el campo quirúrgico la mano adquiere una relevancia aún mayor, pues no solo ejecuta técnicas, sino gracias a la información que capta y provee, dinamiza el accionar quirúrgico cargando los procedimientos con un «saber hacer», es decir, generando un ritmo. No son actos meramente mecánicos, también albergan un «para qué se lo hace», una razón de ser, en otras palabras el juicio para determinar si la

intervención debe o no ser realizada, y de ser este el caso, el saber que hacer frente a cada suceso, pues el cirujano, mediante su euritmia y cadencia propia, buscan la curación del enfermo.

Posiblemente lo que diferencia a un médico que ejerce la cirugía de alguien que no lo hace es la recompensa que a través de las manos se puede conseguir: la posibilidad de ver en forma temprana los resultados de la intervención. Si un paciente sufre de apendicitis, se le extirpa este órgano, este sana, y su recuperación es casi inmediata. Esto difiere de lo que ocurre en otras especialidades, en las que las manos posiblemente no curan directamente, aunque sean el medio que lleva a esa sanación y en los que los tiempos de recuperación son más largos y prolongados.

La mano y su actividad confieren al médico y al cirujano la calidad de artesanos del cuerpo, se tornan en *homo faber*, es decir en hombres que hacen. Como indica Cristóbal Pera (2003): «La mano ha de entenderse en estrecha relación con la función intelectual, ya que la inteligencia humana se expresa haciendo» (p. 231).

Quirón, el centauro pensante

Cuenta el mito que el origen de los centauros se produjo con el encuentro sexual entre Ixión y la nube Nefele, de la siguiente manera:

Ixión, enamorado de Hera, intentó forzarla. Cuando Hera lo denunció, Zeus deseoso de conocer la verdad formó una nube semejante a Hera y la colocó cerca de Ixión. Este, por ufanarse de haber gozado de Hera, fue atado por Zeus a una rueda en la que llevado por los vientos paga su culpa. La nube fecundada por Ixión parió a Centauro. (Apolodoro, 1985, p. 204)

Estos seres, nacidos de una unión pasajera, pero intensa, poseen una característica zoo-antropomórfica que los define: son mitad hombre y mitad caballo, su parte animal gobierna sus acciones, por lo que son considerados violentos, rebeldes y peligrosos, sobre todo cuando dan rienda suelta a sus instintos, o se exceden en el beber. En otras palabras, los centauros son criaturas de cuidado.

A diferencia de los centauros rebeldes y violentos que nacieron de la relación de Ixión y la nube Nefele, el centauro Quirón fue concebido de una forma diferente, aunque igualmente trágica. Reza la leyenda que Cronos se enamoró de la ninfa Fílira —hija de Océano y Tetis—, pero esta no le correspondió, tal fue el acoso del dios hacia ella que cansada de esto Fílira pidió a Zeus que la convirtiera en yegua. Su ardid no fue efectivo ya que Cronos, al percatarse de su

transformación, se convirtió en caballo para poseerla. De esta unión se gestó a Quirón, mitad hombre, mitad caballo, e inmortal.

Luego del parto —que no debió ser muy sencillo— y al contemplar a su hijo nacido semejante a un caballo, la ninfa asustada, perdida en la desolación del momento y con la carga de lo vivido, solicita a Zeus ser convertida en tilo para no tener que alimentar a la criatura neonata, el padre de los dioses acepta y desde ese momento esta planta quedará marcada con la impronta del sufrimiento. Apolo, dios del sol, las artes y la medicina será quien adopte a este nuevo ser y posteriormente quien lo instruya en las artes de la caza, música, poesía, escritura y medicina. Quirón aprovechará todos estos conocimientos y cultivará todas estas habilidades con gran cuidado, logrando con ellas llegar incluso a intervenir como mediador en labores diplomáticas para aqueos de alto rango; de aquí su diferenciación respecto a los otros centauros. Quirón se muestra inteligente, de trato afable, sabio y prudente.

De los centauros existentes en la mitología quizá Quirón sea el más conocido, su nombre aparece en la *Iliada* en varias ocasiones, una de ellas en el pasaje en el cual Menelao es herido:

Respondió el rubio Menelao: «Ten ánimo y no espantes a los aqueos. La flecha no me ha herido mortalmente, pues me protegió por fuera el labrado cinturón y por dentro la faja y la chapa que forjó el broncista».

Contestó el rey Agamenón: «¡Ojalá sea así, querido Menelao! Un médico reconocerá la herida y él aplicará drogas que calmen los terribles dolores».

Dijo, y en seguida dio esta orden al divino Taltibio: «¡Taltibio! Llama pronto a Macaón, el hijo del insigne médico Esculapio [...]» Macaón arrancó la flecha del ajustado cingulo; pero al tirar de ella, rompiéronse las plumas, y entonces desató el vistoso cinturón y quitó la faja y la chapa que hiciera el broncista. Tan pronto como vio la herida causada por la cruel saeta, chupó la sangre y aplicó con pericia drogas calmantes, que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad. (Homero. *La Iliada*. 2007, pp. 44-45)

Como médico Quirón aprendió y ejecutó muy bien los conocimientos brindados por su maestro. Poseía varias herramientas para el tratamiento de las heridas, las curaba a base de ensalmos, pociones y ungüentos, utilizaba no solo instrumentos sino sus manos en el cuerpo del enfermo. También aplicaba *pharmaca* y cuidaba no solo del cuerpo sino de la *psyque* (Cordero del Campillo, 1987, p. 57). Como veterinario estuvo vinculado con la hipiátrica y fue un experto en las enfermedades del ganado. La educación impartida por el Centauro se basaba en la enseñanza del deporte, la caza, las artes de guerra, la música, la medicina, la cirugía, las normas de respeto y tratamiento de la psique; todo lo necesario para tener una instrucción completa, de ahí que grandes personalidades como Asclepios, Aquiles, Jasón, Macaón, Podalirio, Dióscuros, Castor y Pólux fueran sus alumnos.

La vida de Quirón aconteció principalmente en las montañas boscosas de Tesalia, pero tras una disputa entre los lapitas y los centros se vio forzado a trasladarse al cabo de Melea, donde habitó junto a su esposa Cariclo. Es interesante señalar que una de sus hijas, Ocirro:

Sufrió la metamorfosis en yegua y aprendió las habilidades de su padre, junto con el don de la adivinación, de tal manera que predijo la fama médica de Asclepio, como moriría y su deificación posterior. Prefijó, asimismo, la muerte de su propio padre. (Cordero del Campillo, 1987, p. 57)

Cuando Quirón estuvo avanzado en edad, se produjo una pelea con motivo del cuarto trabajo de Hércules: la captura del jabalí de Erimanto. Este suceso acarrearía el deceso del centauro:

Como cuarto trabajo le mandó traer vivo el jabalí de erimantio; este animal devastaba Psófide, bajando del monte que llamaban Erimanto. Hércules, al atravesar Folóe, se hospedó en casa del centauro Folo, hijo de Sileno y de una ninfa melia. Este ofreció a su huésped carne asada, mientras que él la comía cruda. Cuando Heracles pidió vino, le dijo que temía abrir la tinaja común de los centauros, pero Heracles, animándolo, la abrió y no mucho después, atraídos por el olor, acudieron a la cueva de Folo los centauros armados con rocas y abetos. A los primeros que osaron entrar, Anquio y Agrio, Heracles los rechazó con tizones, y a los restantes

los persiguió a flechazos hasta Malea. Al agruparse en torno suyo los centauros, Heracles arrojó una flecha que, después de atravesar el brazo de Élato, se clavó en la rodilla de Quirón. (Apolodoro, 1985, pp. 106-107)

La flecha que impactó al centauro se encontraba envenenada con sangre de la Hidra, lo que produjo que el dolor generado por su contacto fuera de una intensidad insoportable. Hércules intentó curar la herida de su amigo con remedios preparados por el propio Quirón, pero dado el origen del veneno sus preparados no tuvieron efecto. Quirón, por su condición divina, no podía morir, así que estaría eternamente aquejado por el dolor.

Existen dos versiones de lo que sucedió después. La primera indica que Quirón solicitó a Zeus que le sea privada su inmortalidad, a lo que el dios padre accedió otorgando la misma a Prometeo⁹; posteriormente el centauro fue elevado a los cielos convirtiéndose en la constelación de Sagitario. La segunda sugiere que Quirón pidió se le retire la inmortalidad, prefiriendo morir por considerarse ya viejo. Esta escena fue representada por Luciano de Samosata, en *Diálogos de los muertos*:

XXVI Menipo y Quirón

Menipo: He oído, Quirón, que siendo dios quisiste morir.

Quirón: Has oído la verdad. He muerto, como ves, pudiendo ser inmortal.

Menipo: ¿Y cómo se apoderó de ti ese amor a la muerte, cosa tan poco amable para la generalidad?

Quirón: Te lo diré porque eres hombre sensato. No me era ya agradable gozar de la inmortalidad.

9 Carlos García Gual señala que Prometeo necesitaba no solo de un liberador —alguien que mate al ave que le come las entrañas—, sino de un sustituto que permanezca voluntariamente en el Hades en compensación al prisionero liberado: «Y de tamaño tormento no aguardes ningún término, hasta que alguno de los dioses se presente como sustituto tuyo en tales penas, y quiera descender al oscuro Hades y a las simas tenebrosas del Tártaro», es así como: «el Titán encontró quien lo remplazara en el Tártaro: el buen centauro Quirón, herido accidentalmente por Heracles, en una herida incurable y dolorosísima, se aprestó a renunciar a la luz para siempre para salvar así a un dios amigo, en una hermosa demostración de camaradería. Extraña pasión la del Centauro, no menos filántropo que el Titán» (García Gual, 2022, pp. 100-101).

Menipo: ¿No te era grato vivir y ver la luz?

Quirón: No, Menipo, lo agradable, en mi opinión, consiste en la variedad y no en la monotonía. Viviendo siempre, disfrutaba de las mismas cosas, del sol, de la luz, de los alimentos; las estaciones, las mismas; los acontecimientos se sucedían por su orden y como siguiendo el uno al otro. Me harté, por consiguiente, de esto. El placer no está en siempre una misma cosa, sino en cambiar continuamente. (Luciano De Samosata, 2007, p. 26)

Del nombre de Quirón (*Cheirón*) deriva el vocablo *Cheir-Cheiros* que significa ‘mano’. De esta palabra deriva cirugía: trabajo manual —*Cheir*: mano y *Érgon*: trabajo—, de la misma manera esta raíz la encontramos formando parte de varios términos médicos y quirúrgicos: quirófano, quiropráctico, y en otros no médicos como quiromancia. Todas ellas actividades que tienen a la mano como instrumento central.

La imagen del centauro Quirón también se asocia con el dolor, principalmente crónico, recordamos el suplicio que tuvo que pasar el semidios, la acepción correcta de lo que vendrá, en este caso la muerte; por lo tanto es un ejemplo palpable de un ser que ha conseguido a través del esfuerzo un «dominio de sí» que no está en desarrollo, sino que es maduro.

Para terminar no nos queda más que decir que en la actualidad, la premura con que desaparecen de las aulas de medicina los epónimos es abismal. Esto no quiere decir que estemos en contra de la estandarización del lenguaje médico, pero si consideramos que es una pérdida cercenar una parte de la historia y condenarla al olvido. Es una lástima que muy pocos conozcan que a las úlceras crónicas se las denominaba «úlceras de Quirón», o la asociación de este personaje con el dolor que sufrió, surgiera el concepto de «sanador herido» es decir, la manera de reaccionar al sufrimiento que nos hiere. En este campo también el viejo centauro nos deja una enseñanza, pues aquejado por el constante y profundo dolor, no desfoga su frustración con ira hacia los demás ni contra sí mismo, en su lugar acepta lo sucedido y tomó la mejor opción de esa fatídica experiencia, el trabajar sobre sí y convertirse en el mejor de los sanadores. Su sabiduría llegó a tal punto que decidió cómo morir, y esto la recibió con entereza, demostrado que la introspección e indagación es el camino para la virtud.

Asclepio, el salvado de la pira

Según la tradición Hesíodica, Zeus, señor de todos los dioses y regente del Olimpo, engendró dos hijos junto a Leto: Apolo —dios del sol, de la medicina y la sanación— y su hermana gemela Artemisa —diosa de la caza y guardiana de la virginidad femenina—. Es precisamente en este círculo familiar donde nacerá Asclepio —Esculapio para los romanos—, en condiciones no muy favorables.

Se cuenta que Apolo se prendó de la belleza de la ninfa Corónide y fruto de sus amoríos esta quedó encinta. No sabemos con certeza si la ninfa desconfiaba de su divino amante y prefirió el amor de Isquis, o si fue obligada por su padre a cumplir con esa promesa de matrimonio. Lo que sí conocemos es que esta noticia para nada agradó al dios del sol y la medicina, quien golpeó con su ira primigenia al animal que le comunicó tan desagradable noticia: el cuervo, tornando su plumaje de blanco a negro. Henchido de ira, Apolo buscó desquitarse de Corónide, para esto solicitó la ayuda de su hermana Artemisa, quien acometió contra de la ninfa con una de sus flechas, quitándole la vida.

Culminada su venganza, el dios observó el cadáver de quien fuera su amante ser depositado en una pira ardiente, mientras miraba cómo el fuego, que todo lo purifica, descomponía la carne algo lo incomodó, una sensación ajena a su ira lo invadió, al ver el vientre prominente de la mujer muerta, sintió pena por su hijo aún no nacido. Es así que, abriéndose paso a través de las llamas, extrajo a su hijo del abdomen de su madre. El poeta Píndaro cuenta lo sucedido:

Pero cuando en el muro de leña pusieron
a la doncella sus parientes, y la llama potente de Hefesto
en su torno corría, entonces Apolo exclamó: «¡No más
sufrir puedo en el alma que perezca mi hijo
en misérrima muerte con la grave desgracia de su madre!»
Así dijo. Y, con un solo paso primero llegando, del cadáver
al niño sacó. La pira quemante aclaraba sus llamas al paso de
Apolo. (Píndaro. *Píticas*, 1984, p. 156)

Apolo salvó a su hijo mediante una cesárea extrayendo al no nato del vientre de su madre muerta. Él no sabía, o tal vez lo presintió, pero el salvado de la pira se convirtió en alguien cuyo recuerdo no pudo borrarse de la historia.

La idea del «parto inmaculado» —no por vía vaginal— está muy presente en el mundo griego: Atenea nació de la cabeza de Zeus, Dionisio del muslo de Zeus y Asclepio de una cesárea, pues esto ratifica su origen divino. El mito indica que el Gran Julio César fue traído a este mundo a través de una cesárea. Esta forma de pensar la divinidad mutará a los orígenes de la cristiandad, y se hablará de los «nacimientos extraordinarios», en los cuales el influjo celestial asistirá a madres añosas a tener hijos como en el caso de Sara, esposa de Abraham, o Isabel, prima de María, aunque por mucho el mayor de los sucesos será la concepción de Cristo, desde una mujer virgen, fruto de la intercesión del Espíritu Santo (Pino Andrade, 2015, p. 14).

Retomando el mito, el niño fue conducido y entregado al Centauro de Magnesia, Quirón, para que le enseñe a curar a los hombres de sus dolencias y enfermedades. El discípulo de Apolo cumplió estrictamente las órdenes de su maestro, instruyó a Asclepio en las ciencias médicas, música, magia, siendo superado prontamente por su aprendiz, es más, sus prodigiosas curaciones acrecentaron su fama y su prestigio por toda Grecia, a tal punto que fue considerado un sanador milagroso. Algunas versiones dan fe de este hecho situando a Asclepio y a sus hijos, Macaón y Podalirio, como participantes en la Guerra de Troya, aunque otras versiones indican que fueron solamente sus hijos quienes participaron en este conflicto bélico. Otros

relatos, incluso, sugieren que acompañó a Jasón en la expedición de los Argonautas.

Es interesante mencionar que Asclepio y los integrantes de su familia estuvieron íntimamente relacionados con la medicina y los cuidados de la salud, como lo señala García Gual (2017):

Aparte de los célebres Asclepiades Polidario y Macaón, a Asclepio se le atribuye una progenie mítica asociada a su culto, es decir, una serie de figuras que son personificaciones de varios conceptos asociados con el arte de la curación. Entre ellas encontramos a Higieia, salud, Yaso, sanación, Panacea, remedio para todo y, menos frecuente, Telesforo, que es un pequeño dios con caperuza: el que ejecuta. (p. 85)

Esto es entendible, pues como hijo de un dios, la transmisión de las dones hacia sus hijos es factible.

Fue tal el éxito de los tratamientos ejecutados por Asclepio que su fama como sanador no tuvo parangón. Posiblemente fue este el veneno, el ansia de renombre y notoriedad, que lo colmó de vanidad y arrogancia y lo llevó a cometer una imprudencia que le costaría caro, el devolver a la vida a los muertos. Hares al observar que su dominio, el inframundo, se encontraba cada vez despoblado por culpa de Asclepio, informó al padre de los dioses que el hijo de Apolo ha transgredido las leyes naturales haciendo alarde de *hybris* —soberbia, ostentación, desmesura y transgresión a los límites impuestos por los dioses—, y se ha atrevido a devolver a la vida a los muertos, una falta que, como insistía Hares, no podía perdonarse. Ante tal desmesura, Zeus sentenció afirmativamente y puso freno a esta conducta, fulminando a Asclepio con un rayo.

Carlos García Gual, en su *Diccionario de Mitos*, cita a Píndaro, quien sostiene que Asclepio se atrevió a transgredir los límites permitidos por codicia, por sus ansias de lucro y, aunque él mismo comenta que esta puede ser una interpretación personal del poeta, nos insta a que tomemos ello de ejemplo:

¡Pero aún la ciencia misma se ve presa del lucro!

También a él —Asclepio— el oro, para magnífico pago

mostrado en las manos, le movió
a sacar de la muerte a un varón
que ya estaba cogido por ella. Y así con sus manos el hijo de
Cronos
haciendo un disparo a través de los dos,
le quitó de sus pechos el hálito
súbitamente, y el rayo abrasante descolgó sobre ellos la
muerte.
Necesario es recabar de los dioses
lo que cumple al mortal, al humano sentir,
conociendo lo que está ante tu pie: de qué destino somos.
(Píndaro. *Píticas*, 1984, p. 157)

En la obra de Mary Shelley su personaje Víctor Frankenstein, llevado por sus ansias de conocimiento, sucumbe a la *hybris*. Presa de un sentimiento creciente, el joven estudiante recuerda la conferencia de quien será su mentor, el señor Waldman, y en un ataque de soberbia, y cierta locura por descubrir lo aún no conocido, exclama: «Es mucho lo que se ha conseguido —exclamó el espíritu de Frankenstein—, pero yo conseguiré más, mucho más: pisando sobre las huellas ya marcadas, abriré al mundo los misterios más profundos de la creación» (Shelley, 2002, p. 39).

Este instinto desatado será el culpable de una serie de sucesos que permitirán el origen del monstruo¹⁰ que posteriormente lo perseguirá y que, por el camino, eliminará a las personas que más le importan a su creador. La existencia del científico se tornará un infierno por su desmesura, solo encontrando descanso parcial en su arrepentimiento antes de morir. Como podemos observar la «desmesura» nos aleja del correcto actuar, del actuar moral, y esto conlleva consecuencias poco apetecibles como las señaladas en el *Moderno Prometeo*.

Tras su muerte, Asclepio fue divinizado y su culto creció. A sus templos, más de doscientos, acudían personas de toda Grecia: ciegos, epilépticos, lisiados, paralíticos y enfermos de toda clase en busca de

¹⁰ Si bien se ha asociado el nombre de Frankenstein al ser creado por Víctor, este no posee nombre, pues nunca se le concedió uno ni fue bautizado. En la novela la autora se dirige a él como «criatura».

sanación. Montanelli (2010) nos relata que en el templo de Epidauro se leen inscripciones que atestiguan este hecho:

Oh Asclepio, oh deseado, oh invocado dios, ¿cómo podría conducirme dentro de tu templo si tú mismo no me conduces a él? Oh invocado dios que sobrepasas en esplendor el esplendor de la tierra y de la primavera. Y esta es la plegaria de Diófano. Sálvame, oh dios socorredor, sálvame de esta gota, que solo tú lo puedes, oh dios misericordioso, solo tú en la tierra y en el cielo». (p. 227)

El proceso de curación mediante el influjo divino del dios se lo conocía con el nombre de «incubación» o «sueño del templo». Este ritual consistía en que el enfermo debía ofrecer un sacrificio al dios, posteriormente tomar un baño purificador y, finalmente, ser conducido al *ábaton*, una larga galería abierta y ventilada en donde dormía. Era entonces cuando «Esculapio —Asclepio— se aparecía en los sueños del paciente y le daba consejo o, aún, en ciertos casos, practicaba una operación, y por la mañana el paciente se marchaba curado» (Guthrie, 1974, p. 54). En tanto que en otras ocasiones utilizaba como su instrumento de sanación a la serpiente. Asclepio acompaña y brinda curación en su templo a quien lo necesita y confía en él:

Un niño mudo va como suplicante al templo para recobrar la voz. Cuando ha realizado los sacrificios y cumplido los ritos, el sacerdote del templo, que lleva el fuego del sacrificio, se vuelve al padre del niño y dice: «¿Prometes pagar dentro de un año los gastos de la curación si obtienes aquello por lo que has venido?» Súbitamente es el niño quien contesta: «Lo prometo». Su padre se queda atónito al oírlo, y dice a su hijo que hable otra vez. El niño repite las palabras y queda curado.

Agéstratos padecía de insomnio y de jaqueca. Apenas llegó al *ábaton* se quedó dormido y tuvo un sueño. Soñó que el dios le curaba la jaqueca y, haciéndole levantar, le enseñaba a luchar. Al amanecer partió curado, y poco tiempo después competía en los juegos de Nemea y quedaba victorioso en la lucha.

Una noche en el *ábaton* [...] El ciego Plutón recobró la vista mediante el prodigio de dos serpientes que lamían sus párpados mientras dormía. (Guthrie, 1947, pp. 54, 55)

Indro Montanelli (2010) señala que en las inscripciones de algunos templos se relatan escenas de vientres abiertos a cuchilladas, de tumores extraídos, clavículas soldadas, piernas torcidas enderezadas, mostrando la faceta quirúrgica del dios; es más, nos relata las peripecias ocurridas al hijo de Asclepio en este ámbito:

El caso más célebre de todos fue el de una mujer que, queriendo librarse de una tenia, y estando Asclepio ocupado en aquel momento, se habría dirigido a su hijo quién, teniendo como el padre la pasión por la cirugía, le separó la cabeza del cuello y con la mano fue a buscarle la lombriz en el estómago. La encontró y la sacó. Pero luego no pudo volver a poner la cabeza en el tronco de la desdichada, así que tuvo que entregarla en dos trozos al padre quien, tras haberle dado un capón al incauto muchacho, los juntó». (p. 229)

Otros ejemplos reflejan el gusto del dios por las artes quirúrgicas. La extracción de una punta de la cornamenta de un venado de la mejilla de Euippos, o la atención del paralítico Hermódikes de Lámpsaco quien, luego de ser curado, llevó la piedra más grande que encontró en el *ábaton* por petitorio de Asclepio.

La influencia del hijo de Apolo fue tal que incluso Sócrates, al ser conducido a la muerte por la cicuta, pidió se le consignara un gallo en sacrificio. Las hazañas, favores y prodigios del dios surcaron la tierra conocida, perdurando en el tiempo. Es así como entre los años 293-295 —a.C.— cuando Roma fue asolada por una gran plaga, sus habitantes recurrieron a los ancianos quienes, tras consultar los libros sibilinos, encontraron la respuesta: pedir auxilio al dios griego Asclepio. El mito dice que «se envió un navío especial, que el dios aceptó la solicitud y viajó a Roma en forma de serpiente, que cuando llegó se instaló en la isla del Tíber, y que la plaga terminó» (Pérez, 2003, p. 31). Los romanos, en agradecimiento, le construyeron un templo y lo nombraron Esculapio.

El bastón de Asclepio

El bastón de Asclepio, también conocido como vara de Esculapio en su nombre romano, es la insignia que adoptó la clase médica para representar a su gremio. Compuesta por un bastón, o cayado, y una serpiente enroscada en él, suele ser confundida con mucha frecuencia con un símbolo parecido, pero de significación totalmente diferente, como lo es el caduceo de Hermes, símbolo del comercio. Este último formado por una vara con dos serpientes enlazadas que se miran frente a frente y que en su porción superior se extienden dos alas.

El origen de Hermes posee varias fuentes, pero tomando como guía la versión de Apolodoro (1985) esta sería su historia:

Maya, la mayor, de su unión con Zeus dio a luz un hijo, Hermes, en una cueva de Cilene. Hermes, estando aún en pañales en la cuna, escapó, y al llegar a Pieria robó las vacas que apacentaba Apolo; para que no lo descubrieran por las huellas, les calzó las patas y las condujo a Pilos, ocultando a las demás en una cueva. Después sacrificó dos y clavó las pieles en una roca; tras cocer parte de la carne la comió y quemó el resto. Rápidamente regresó a Cilene y delante de la cueva encontró una tortuga comiendo; la vació y tendió sobre el caparazón cuerdas hechas de los animales sacrificados, y construida así la lira inventó además el plectro. Apolo buscando las vacas llegó a Pilos. [...] Apolo, después de haber escuchado la lira, se la cambió por las vacas. Mientras Hermes las apacentaba

construyó de la misma manera una flauta con la que tañía; Apolo, deseoso de conseguirla también, le ofreció a cambio el caduceo de oro que usaba cuando era pastor. (pp. 167-168)

La historia indica que, mientras este dios se encontraba en el monte Citerón, encontró a dos serpientes que se peleaban, así que en un intento por separarlas tiró en medio de ellas su caduceo y para su sorpresa observó que «sin hacerse daño, se enroscaron y entrelazaron alrededor de la vara, de tal manera que la parte más elevada de los cuerpos formaba un arco, siendo por esto una vara de poder y de paz». (Murillo-Godínez, 2010, p. 612). Etimológicamente la palabra caduceo se deriva del griego *kadux* que significa heraldo o embajador, y Mercurio —Hermes— de *merx-mercar* que significa mercancía, es decir, se trata del símbolo del embajador o encargado del comercio.

Por su parte, el bastón de Asclepio, pese a poseer elementos constitutivos parecidos, conserva una simbología totalmente distinta, como se evidencia al analizar el emblema en sus partes:

- El bastón se lo ha considerado un signo de poder, de apoyo, un reflejo del árbol de la vida, árbol sagrado que conecta irrefutablemente el mundo real, averno y cielo.
- El nudo sobre la vara indica las dificultades de la ciencia.
- La serpiente, polisémica en su significado, ha sido asociada con el rejuvenecimiento, por su capacidad de mudar su piel, sabiduría, prudencia, augurio, lo sagrado, la dualidad vida-muerte (Basilio et al., 2002, pp. 336-338), prudencia y previsión, cualidades de un buen médico.

En la mitología griega la serpiente tiene un significado simbólico muy fuerte. A Asclepio se lo ha representado como una serpiente, inclusive una de ellas le permitió descubrir al dios de la medicina las hierbas con las que pudo revivir a los muertos y le hizo caer en *hybris* —vanidad—. Cuenta la historia que Asclepio se encontraba en casa de Glauco, quien fue mortalmente herido por un rayo de los centauros, cuando observó una serpiente en la habitación. La mató con su bastón y para su sorpresa se presentó una segunda víbora que introdujo unas hierbas en el hocico de la que se encontraba sin vida y la revivió, Asclepio dio las mismas hierbas a Glauco y lo curó (Murillo-Godínez,

2010, p. 610). Este mito es confirmado por Ovidio, pero también pone en evidencia que el médico utilizó repetidamente este tratamiento con prepotencia, contradiciendo la moral establecida por los dioses:

«No hay razón para dolerse» —dijo el Coronida. «Pues devolveré sin herida la vida del afectuoso joven y el cruel destino cederá ante mi arte». Al instante, sacó una hierba de una arqueta de marfil —hierbas que habían servido antes a las manos de Glauco, cuando el *áugur* se refugió en las hierbas que había observado y una serpiente se auxilió con otra serpiente—: tocó el pecho, tres veces pronunció palabras saludables; Hipólito levantó la cabeza que tenía echada en la tierra. (Ovidio. *Fastos*, 1988, p. 232)

Como podemos observar, el caduceo de Hermes y la vara de Asclepio poseen diferencias desde el punto de vista de interpretación y desde el punto de vista estético, pero si quisiéramos diferenciarlas, rápidamente diríamos que el símbolo médico no posee alas y está conformado por una sola serpiente. Entonces surge una pregunta ¿Cuál es el origen de esta confusión?, porque aún en la actualidad se cree que el caduceo de Hermes es un símbolo médico.

Si bien no hay una teoría definitiva, se establece que fue en el siglo XVI cuando se produjo la confusión entre estos dos símbolos. Algunas versiones indican que el impresor Johannes Froben (1460-1527) introdujo como sello dentro de publicaciones médicas al caduceo de Hermes, produciendo una asociación entre este símbolo y el gremio médico. Algunos de los libros impresos con esta falla fueron: *De homine libri due*, de G. Marzio (1517), y *Utopía*, de Tomás Moro (1518). Otras versiones señalan que de los 256 libros impresos por Froben con el caduceo en la portada, solo uno estaba relacionado con la medicina: *La preservación de la buena salud*, de Plutarco (Garza-Villaseñor, 2010, p. 371). Se sugiere también que posteriormente su hijo, Hieronymus Froben (1501-1563), continuó la impresión de libros de carácter médico utilizando el mismo sello, entre los más notables tenemos los trabajos de Hipócrates, en griego, y la traducción latina de *Tetrabiblion de Aëtius de Amida*.

Esta confusión se ve profundizada cuando a Sir William Butts, médico de Enrique VIII, en el siglo XVI se le autorizó usar el caduceo

como distintivo profesional, para posteriormente ser incluido en las insignias de *Royal College of Physicians* de Londres. En el ámbito militar la confusión sobre el caduceo continuó mucho tiempo después, como nos los relata Garza-Villaseñor (2010):

El caduceo apareció en 1851, cuando fue adoptado por el cuerpo de hospitales del ejército estadounidense; para otros en 1856, cuando los servicios hospitalarios de la Marina lo utilizaron para mostrar la naturaleza no combatiente de los cuerpos médicos. En 1871 se convirtió en el símbolo de los servicios de salud pública. (p. 371)

Aunque este error produjo que muchos grupos militares adoptaran el caduceo de Hermes como símbolo de la medicina, se ha defendido el bastón de Asclepio como verdadero símbolo médico, emblema que encarna el poder y el misterio del arte de curar, la compasión y la devoción del sanador, sentido radicalmente alejado del significado del comercio, aunque hoy en día lamentablemente de fácil intercambio.

Anamnesis: rumbo al diagnóstico

El deseo de todo estudiante al cursar una carrera médica es iniciar el contacto con el paciente, dejar de lado los importantes contenidos teóricos para acudir junto al enfermo y sentirse útil. Esto no se logra de la noche a la mañana, es todo un proceso, inicia con el estudio de la semiología, columna vertebral de lo que luego llegará a ser la clínica en cualquiera de sus especialidades, sea esta médica o quirúrgica.

La semiología se basa en el estudio de los signos y síntomas presentes en el paciente, que deberán ser relacionados entre sí hasta vislumbrar un diagnóstico posible. Utilizando un símil más familiar, la enfermedad es un rompecabezas y la semiología es la mano de la persona, quien con criterio une las piezas que encajan adecuadamente. Recordemos que estos datos deberán ser extraídos mediante la correcta realización de una buena historia clínica, la cual consta de una anamnesis y un examen físico. Posteriormente se complementará con los exámenes auxiliares, afinando aún más el diagnóstico presuntivo obtenido.

La anamnesis hace referencia a la primera conversación con el paciente, en la cual el entrevistador intenta extraer de su interlocutor la máxima cantidad de datos con la esperanza de que ello nos permitan armar el rompecabezas de la enfermedad y conocer el problema desde dentro, porque la anamnesis es un proceso de reminiscencia y reflexión. «El tiempo de la anamnesis, de la reminiscencia, se despierta desde la reflexión, o sea desde la lectura de sí mismo. Entonces

se descubren significaciones, intenciones, contextos» (Platón. *Fedro*, 1988, p. 304).

Para Platón la anamnesis es un conocimiento previo que se anticipaba a la percepción, una oportunidad en la cual lograr que salgan a la luz evocaciones que sucedieron tiempos atrás. Para lograr esto, en palabras de Pedro Laín Entralgo, se debe dar el contacto entre dos menesterosos, uno que intenta curar y otro que desea curarse, y Szczeklik (2010) complementará esta idea adecuadamente al escribir: «sentir la curiosidad por oír la historia para que el enfermo note, tal vez por primera vez en su vida, que alguien está realmente interesado en su infortunio» (pp. 17-18).

Lastimosamente muchas veces es difícil vencer la pared que separa esta aproximación, las personas son reacias a contarnos lo sucedido por múltiples razones y, ante la sensación de vacío existente en ese momento, posiblemente la única arma que nos permita vencer esta resistencia sea el tiempo. Tiempo no solo traducido como acompañamiento, sino como algo más profundo, una comunión en la cual el médico deponga las armas frente al paciente, evitando la soberbia con que muchas veces se actúa, reconociendo que no somos el otro, pero necesitamos al otro para ser yo, y por lo tanto debemos reconocer que somos iguales. Claro que el camino a esta ecuanimidad no es sencillo, debe existir un trabajo interior y una lectura de sí mismo con la finalidad de llegar a un verdadero autoconocimiento.

Podríamos seguir el accionar de los médicos griegos dedicados al cuidado de los hombres libres y no a los dedicados al cuidado de los esclavos:

También tú sabes que, siendo en las ciudades los enfermos esclavos y personas libres, en casi la mayoría de las ocasiones, son los médicos esclavos los que tratan a los esclavos, yendo de ronda casa por casa o permanecido en sus dispensarios. Ninguno de tales médicos da ni admite ninguna explicación sobre ninguna de las enfermedades de los esclavos, sino que ordena lo que le parece por experiencia, como si supiera exactamente, con obstinación, como un tirano, y se marcha, saltando a otro esclavo enfermo. Así facilita a su amo el cuidado de los enfermos. Por el contrario, el médico libre trata y vigila por lo general las enfermedades de los libres,

estudiándolas desde su surgimiento y de acuerdo con su naturaleza. Mientras comparte el tratamiento con el enfermo y sus seres queridos, aprende algo de los pacientes y también, en la medida de lo posible, lo instruye. No prescribe nada sin haberlo convencido antes por algún medio y, solo entonces, cuando lo ha tranquilizado por medio de la persuasión, lleva a cabo el restablecimiento de su salud. (Platón. *Las Leyes*, 1999, p. 383)

Como indica Platón, siempre lo óptimo será brindar nuestro tiempo al enfermo, aunque podremos comprender que muchas veces esto no es fácil, pues no será lo mismo atender en una sala de emergencia que una sala de consulta externa.

Si a esta anamnesis unimos la acción noética de las manos y realizamos un examen físico adecuado y juicioso, tendremos nuestra primera aproximación diagnóstica, pues «el encuentro con el enfermo, el diálogo, la anamnesis, el examen, todo esto sumergen al médico en un universo de señales. Las emite el organismo de la persona doliente» (Szczeklik, 2010, p. 26).

Antes de finalizar es importante recalcar que el médico deberá trabajar para desarrollar la habilidad y sensibilidad para captar estas señales y, aunque pensemos que ya tenemos todas las respuestas, es seguro que, al pasar del tiempo, un instante lo veremos claro y sentiremos que todas las piezas del rompecabezas se cohesionan de la manera correcta, y entenderemos lo que suponíamos saber, como comenta Szczeklik: «en un abrir y cerrar de ojos, podremos componer una constelación de síntomas que se descifrarán en forma de diagnóstico».

Ananké¹¹: los lazos que nos unen

Quizás dentro de los seres que conforman el panteón griego unos de los más reconocibles sean las Moiras. Estos personajes son representados como tres mujeres: la primera se encarga de hilar una rueca —el hilo de la vida—, la segunda asignada a verificar la longitud exacta de este hilo —el tiempo de vida de una persona— y la tercera de cortar el hilo con sus tijeras —la muerte—. Ellas administran el destino y son importantes para el equilibrio cósmico. Pero lo que pocos intuyen es que sobre ellas rige alguien más, su madre Ananké: la necesidad. Esquilo la denominó la Moira Fuente, era respetada y temida por los dioses, quienes aceptaban sus designios sin chistar, ella deja ver su rastro en el firmamento en forma de la Vía Láctea, alrededor de la caderas de Afrodita (Szczeklil, 2010, pp. 10-12).

De ella procede la red invisible que une al cielo con la tierra y que, a manera de suave engaño, nos vincula con ella, pero esta red no solo comunica lo celeste con el mundo, se extiende aún más profundamente, uniendo a cada uno de los seres humanos entre sí, con hilos invisibles. Así lo relató Er, el Armenio, que luego de doce días de estar muerto, retornó a la vida para contárnoslo:

11 Aunque la traducción de esta palabra hace referencia a necesidad, fatalidad, destino, también puede ser entendida como parentela o parentesco. Será este segundo significado el que mejor acogerá la visión médica, por lo que el presente texto tomará esta interpretación para su desarrollo.

Cuatro días después llegaron a un lugar desde donde podía divisarse, extendida desde lo alto a través del cielo íntegro y de la tierra, una luz recta como una columna, muy similar al arco iris, pero más brillante y más pura, hasta la cual arribaron después de hacer un día de caminata; y en el centro de la luz vieron los extremos de las cadenas, extendido desde el cielo; pues la luz era el cinturón del cielo, algo así como las sogas de las trirremes; y de este modo sujetaba la bóveda de rotación. Desde los extremos del huso de la Necesidad, a través del cual giraban esferas [...]. (Platón. *La República*, 1988, pp. 489-490)

La necesidad nos une, no importa el estrato, condición social, ni vital. Cuando uno se halla necesitado se siente inestable, sin asidero; probablemente la constatación más objetiva de esto es cuando nos sentimos enfermos, no es al azar que este adjetivo provenga de *in*: sin y *firmus*: firme (Esquirol, 2015, p. 81).

En ese momento, cuando el quebranto está obrando, el enfermo no está solo, acompañando su camino se encuentra una persona que intenta curarlo, erguirlo de nueva cuenta: el médico. De ahí que este término provenga de *mederi*: curar (Maglio, 2011, p. 70). A esta relación tradicionalmente se la ha denominado médico-paciente, relación que, naciendo de una necesidad, crea lazos entre las partes. Pedro Laín Entralgo denomina a este trato cuasi-diádico, es decir, aquel acercamiento en la cual existe una interacción que une al médico y al paciente en busca de la salud y que se compone de dos elementos.

El primero: la completa intención del médico en buscar una alternativa para paliar o curar la dolencia que aqueja al enfermo y la confianza del paciente en el accionar de su médico al sentirse partícipe de este proceso, gracias a la correcta recepción de información y a permitirle ejercer su autonomía terapéutica. Es decir, lograr una relación de confraternidad, mediante la correcta aproximación a la realidad personal del paciente, tomando en cuenta sus sentimientos y la objetivación de la realidad del enfermo (Pino Andrade, 2016).

El segundo: reconocer que este acto siempre irá mediado por los términos de un negocio, equilibrado claro está. El médico debe subsistir, y es mediante el ejercicio de su profesión que lo hace, esto no significa expolio o confiscación al paciente, sino un justo estipendio por el trabajo honrado realizado.

Cuando este equilibrio se rompe o se lo entiende mal podemos llegar a caminar por senderos escabrosos, uno de los cuales nos puede llevar a pensar o creer que el médico es un ser superior por su saber, lo que Foucault llamaría una relación de saber-poder, en la cual el médico se impone al paciente cobijado en esta creencia. El segundo, cada vez más frecuente, la inversión de esta relación, lo que podría denominarse una relación paciente-médico, en la cual el paciente busca imponer su criterio frente al del médico, ya sea por medios económicos o por una falsa seguridad de conocimientos, muchas veces obtenidas generalmente de anécdotas individuales o del acceso inapropiado a la información tan fácilmente adquirible en los medios electrónicos. Pues bien, si la primera forma de actuar cosifica al enfermo, la segunda, inofensiva como parece, cosifica el actuar y la figura del médico¹².

Frente a esta discordancia. Ananké, como madre, no nos deja solos, nos da la oportunidad de generar vínculos, de tomar en brazos a los otros, y ponernos en los suyos.

La etiología nos enseña que en el nombre de Ananké resuena también las ideas de «constricción» y «parentela». Tal vez la palabra «vínculo» ilustra bien este doble sentido semántico. En cambio, otros consideran que la voz *ananké* es próxima a la expresión «tomar en brazos». Esta duplicidad, o incluso contradicción, queda reflejada en la red de la Necesidad que se estrecha irremediable e inevitablemente alrededor del hombre cuando el mundo se hace añicos, cuando huye en todas direcciones. Pero la opresión de la red se afloja cuando descubrimos los vínculos que nos unen a otra gente, y su hilo se convierte en un hilo de entendimiento, simpatía y confianza. Esto puede ocurrir de improviso y entonces recuerda el salto de una chispa entre dos electrodos o el destello de una metáfora que acopla palabras de significado muy distinto. El fulgor desvela el parentesco, y la red saca a relucir todas las estrellas de la Vía Láctea. (Szczeklik, 2010, pp. 15-16)

12 Muchas veces se olvida que el médico es un ser de carne y hueso que ha experimentado sufrimiento, durante su formación, en su día a día en el trato del paciente y sufre incertidumbre durante el proceso de la enfermedad. ¿Quién diría que el médico puede sufrir inclusive si las cosas salen bien? (Pino Andrade, 2013, p. 11).

Si todos somos hijos de la Necesidad, tanto el enfermo como el médico en la búsqueda de una relación más horizontal, cargada de respeto y de empatía mutua, es un camino, una correspondencia en donde prime la honestidad y el reconocimiento mutuo. Una interacción en la que el enfermo y el médico se den cuenta de que forman parte de una misma moneda y que, solo confiando el uno en el otro, se podrá llegar a buen puerto, aunque no siempre el viaje será del todo placentero. Esta relación se visualiza en la siguiente historia:

Cuando Alejandro Magno cayó gravemente enfermo, los médicos no se atrevían a tratarlo por miedo a pagar con la cabeza la muerte del paciente. Solo Filipo de Acarnania, médico y amigo del rey, tuvo el valor de acudir en su socorro y preparó un remedio. Y entonces Parmenio, el más fiel de los cortesanos, mandó al soberano una carta de advertencia. «Majestad —decía la carta—, el rey de Persia, Darío, ha sobornado a Filipo con promesas de matrimonio con una de sus hijas, y este viene ahora a envenenarte». El rey no mostró la carta a nadie, pero cuando Filipo le trajo el cáliz con la medicina, se la dio a leer mientras bebía la mixtura sin miedo. Uno leía y el otro bebía, hasta que, finalmente, se miraron a los ojos. (Szczeklik, 2010, p. 176)

En esta escena podemos adivinar la incertidumbre del enfermo frente a su dolencia, el miedo ante lo desconocido y por qué no, frente a la muerte. La otra mirada nos muestra el deseo de vencer a la enfermedad por parte del médico, sabiendo que muchas veces, pese a sus esfuerzos, esto puede no ser posible. Pero también de manera clara queda en evidencia que esta relación, de inicio frágil, puede consolidarse mediante la confianza.

Sísifo: el esfuerzo eterno

Se cuenta que Sísifo, hijo del rey de Corinto: Eolo, poseía una astucia igualada por pocos. No importa si creemos la versión mostrándolo como un personaje del que debemos tener cuidado, pues no posee un accionar del todo correcto (García Gual, 2017, p. 360), o si tomamos por válida la versión en la que se lo muestra como el más sabio y prudente de los mortales (Camus, 2020, p. 151), lo cierto es que su don fue causante de un cruel castigo impuesto por los dioses: empujar con sus manos, a través de una empinada cuesta, una roca de gran tamaño. El problema no radica en empujar la roca sino en que, cuando está por lograr su cometido, la roca resbala de sus manos y rueda por la pendiente, deteniéndose en donde empezó la tarea. Esto sucede *ad infinitum*, por lo que Sísifo no puede nunca terminar su tarea.

La sanción instaurada por los dioses se produjo por circunstancias de mucho interés, las dos relacionadas con su astucia para vencer a la muerte. Apolodoro (1985) relata que:

Sísifo, en el Hades, fue condenado a voltear con manos y cabeza una piedra queriendo elevarla, pero esta, aunque impulsada por él, retrocede. Sufre este castigo a causa de Egina, hija de Asopo, pues se dice que cuando Zeus la raptó, Sísifo se lo reveló a su padre, que andaba buscando. (pp. 66-67)

Zeus enojado por este acto envió a Tánatos en su busca, pero Sísifo logró engañarla colocándole unas esposas. Esto produjo un desequilibrio en el mundo, pues nadie moría.

La segunda ocasión que Sísifo burló a la muerte es relatada por Carlos García Gual (2017) quien indica que al sentir próxima su muerte, astutamente encargó a su mujer que no hicieran honras fúnebres en honor al cadáver y que conservara este impoluto. Al llegar su alma al Hades este se quejó de la forma impropia en que fue tratado su cuerpo, es así que la diosa Perséfone le permitió cruzar de nuevo el Aqueronte para castigar a su esposa y preparar un funeral decente. Como podemos intuir, prometió regresar, pero no lo hizo. Nuevamente en su palacio se introdujo en su cuerpo y renegó de su promesa (p. 361).

Como puede observarse y marcando distancia en las diferencias, las acciones de Sísifo tienen mucho paralelismo con las del médico. Sísifo, por medio de engaños, trata de vencer a la muerte, claro que por un bien personal. El médico, basándose en sus conocimientos y en diversos procedimientos, lo intenta también, pero con otro objetivo: el bienestar del paciente. Esto lo podemos observar en el cuadro *El Médico* de Ivo Salinger, en el que se observa a un galeno aferrando a una mujer enferma en un intenso forcejeo con la muerte, representada por un esqueleto.

Una pregunta surge ¿Será posible que los dioses castigaran a los médicos con el mismo castigo que a Sísifo por su atrevimiento? Intentar luchar contra sus emisarios. Puede ser, pero no desde un punto de vista pesimista con que se le asocia a este mito, es decir, al simbolismo del trabajo inútil y desolador, centrando nuestra atención en el simple hecho de mover una roca que luego cae sin sentido, sino a uno más reflexivo y esperanzador. El médico debe reconocer que lleva una carga tan o más pesada que la de Sísifo, lleva entre sus manos el peso de una ciencia imperfecta, con la cual emprende y sorte el camino cuesta arriba de la enfermedad y, muchas veces al llegar a la cima, el cielo despejado no se vislumbra, sino penumbra, dudas y desesperación. Desde la cima ve con total desilusión, como en lo que creía y era su asidero rueda colina abajo hacia donde iniciamos el camino.

Pero en este momento, en el que todo parece desesperanza y desazón, se puede vislumbrar una luz y entendemos por fin que lo

importante no es el llegar a la cima, sino el camino que se transita de retorno. Ese momento, en el que llevados por la inocencia de la bajada, podemos tomarnos un respiro y meditar sobre los acontecimientos sucedidos:

Veo a ese hombre bajar con pasos pesados, aunque regulares hacia el tormento cuyo fin no conocerá. Esa hora que es como un respiro y que se repite con tanta seguridad como su desgracia, esa hora es la de la conciencia. En cada uno de esos instantes, cuando abandona las cimas y se hunde poco a poco hacia las guaridas de los dioses, Sísifo es superior a su destino. Es más fuerte que su roca. (Camus, 2020, p. 153)

Es en el momento en el que reconocemos no poseer todas las respuestas cuando nos fortalecemos, pues frente a la adversidad solo queda esfuerzo y estudio.

El camino de retorno nos muestra que vivimos presos de fantasías, lo que creemos correcto hoy, posiblemente, no lo será mañana. Nos enseña que la humildad debe acompañar a todo acto médico y la sensación de superioridad y majestuosidad que muchas veces se cree poseer, por el mero hecho de ejercer esta profesión, solo demuestra lo mucho que nos falta por aprender, aunque creamos lo contrario.

Podría parecer casi imposible que un médico, una persona que se dedique a cuidar a los otros, pueda padecer de *hybris* —vanidad, desmesura—, pero es más común de lo que creemos. El Dr. Narciso Hernández describió una «enfermedad», que no solo afecta a los médicos, sino a toda persona que crea ser mejor que otra, a la que denominó como 'broncemia', y que la definió como:

La broncemia, es una enfermedad del adulto que no figura en ningún texto de medicina. Significa etimológicamente «acumulación de bronce en la sangre» y los médicos que la padecen, a medida que pasan los años, se invaden con bronce, se creen próceres y sueñan con su estatua instalada en el patio del hospital o de la clínica donde trabajan. (Young, 2012, pp. 824-825)

Solo para perfilar un poco más el entendimiento de esta patología debemos indicar que esta enfermedad cruza por tres estadios: el

primero, la diarrea mental, en la cual el broncémico habla, habla y habla de todo, intentando prevalecer su opinión, claro, ¿por qué no?, si él es el único que lo sabe todo. El segundo, sordera interlocutoria, el broncémico no escucha más sino lo que él quiere escuchar, es decir su voz, es la que transmite la razón. Por último, la tercera etapa, la adquisición del reflejo cefalocaudal, en la cual el broncémico toma una postura real, pues las partículas de bronce se han impregnado en toda su columna y sus órganos, por lo tanto, se le observará con el mentón elevado, el pecho hinchado, con el gesto que adopta quien huele un olor desagradable. Los músculos oculares de la visión, endurecidos por el bronce, no le permiten dirigir su mirada hacia abajo, el broncémico no camina, se desplaza majestuosamente sobre el suelo (Occhiuzzi, 2017, pp. 26-28). Peligrosa enfermedad a la que estamos expuestos todos.

Precisamente contra esta actitud, Sísifo se presenta como un espejo frente a nosotros, un reflejo que nos muestra la verdad: la infalibilidad no existe y todos somos vulnerables. Atul Gawande (2009) señala:

Se supone que la medicina es un área ordenada de conocimientos y procedimientos, pero no lo es. Es una ciencia imperfecta, una aventura de conocimientos que cambia, sin cesar, información incierta, personas falibles y vidas en peligro. Hay ciencia en lo que hacemos, sí, pero también costumbre, intuición y, en ocasiones, puras conjeturas. La distancia entre lo que sabemos y a qué aspiramos persiste. Y esa distancia complica todos nuestros actos. (Gawande, 2009, p. 17)

Por lo tanto, tal vez lo único que nos queda es recordar que, en cada retorno en busca de la gran roca que se nos escapó de las manos, no debemos malgastar nuestro tiempo, sino aprovecharlo intentando aprender algo nuevo en cada descenso. No debemos olvidar que descender la empinada cuesta es siempre una oportunidad para la conciencia y autoexploración.

Esta visión no tiene nada de sombría, ni pesimista, cuando se ejerce la profesión honradamente no hay sombras ni desconfianza, aunque en ocasiones pueda existir desazón, cansancio y dudas. Llevamos a costas una gran responsabilidad, por eso hay que ser

conscientes de que un médico nunca termina de aprender y, por añadidura, de estudiar. El bronce no late. Vale recordar el aforismo hipocrático: «el arte es largo y el tiempo corto».

El Juramento Hipocrático

Dentro de los sesenta o setenta libros médicos atribuidos a Hipócrates, a los que se denominan como *Corpus Hipocrático*, encontramos un texto pequeño que ha trascendido sus límites temporales: *El Juramento Hipocrático*.

Este documento, antes considerado un símbolo de la profesión médica, ha perdido actualmente valor, llegando a ser considerado como caduco y obsoleto, un rezago de la vieja historia médica. Este texto reza así:

Juro por Apolo médico, por Asclepio, por Higiea y Panacea, por todos los dioses y diosas, poniéndolos por testigos, que cumpliré en la medida de mi capacidad y mi criterio el juramento y compromiso siguiente:

Tener a mi maestro en este arte en la misma consideración que a mis progenitores; compartir con él mis bienes y, en caso de necesidad, transmitirle parte de los míos; tener a sus hijos como mis propios hermanos y enseñarles este arte si desean aprenderlo, sin honorarios ni compromiso; transmitir los preceptos, enseñanzas orales y el resto del aprendizaje a mis hijos, a los de mi maestro y a los discípulos comprometidos y juramentados según la ley médica, pero a ningún otro.

Haré uso del régimen en beneficio de los enfermos, según mi capacidad y mi recto entender y, si es para su daño e injusticia, lo impediré.

A nadie daré, aunque me lo pida, un remedio mortal, ni tomaré la iniciativa de proponer una cosa así. Del mismo modo, tampoco proporcionaré a una mujer un pesario abortivo.

De forma pura y santa pasaré mi vida y ejerceré mi arte. No cortaré, por cierto, a los enfermos de piedra, sino que los dejaré en manos de los hombres que realizan esa práctica.

En todas las casas en las que entraré lo haré en beneficio de los enfermos, manteniéndome lejos de toda injusticia voluntaria, y de toda corrupción, en general, y sobre todo del trato amoroso con mujeres u hombres, libres o esclavos.

Todo lo que viere o escuchare en el ejercicio de mi profesión, o fuera de esta, en relación con la vida de los hombres, si ello no debe ser divulgado jamás, lo mantendré en silencio teniendo tales cosas por secretas.

Por tanto, si cumplo este juramento sin quebrarlo, que me sea dado disfrutar de la vida y de mi arte, honrado entre los hombres por siempre jamás. Pero, si lo olvido y soy perjuro, que mi suerte sea la contraria. (Hipócrates. *Tratados Hipocráticos*, 1983, p. 78)

Al juramento hipocrático se lo ha presentado como el código de ética médica por excelencia, una guía y senda de comportamiento por la cual el médico transita; aunque sobre este punto existen discrepancias, para algunas autores este documento debe ser entendido como un contrato o convenio y no como un texto de ética médica. Este es el caso del profesor Ruiz Pérez Tamayo (1997), quien da sus argumentos a esta afirmación, dividiendo al texto en cuatro partes que, por su importancia, se lo transcribe a continuación:

- El primer párrafo invoca a las principales deidades médicas —Apolo, Esculapio (Asclepio), Higiene (Higieia) y Panacea—, así como a todos los demás dioses y diosas y señala que el documento no solo es un juramento sino también un convenio o contrato.

- El segundo, que establece las reglas de las relaciones entre el juramento y su profesor y su familia, sus obligaciones docentes, y que termina con la cláusula de exclusión.
- Los párrafos tercero a séptimo detallan diversas facetas de la práctica médica, con hincapié en ciertos aspectos a los que se renuncia de manera específica.
- El párrafo octavo, es la protesta del compromiso que señala claramente el premio al que habiéndolo adquirido lo cumple, y el castigo para quien lo viola. (p. 2012)

Esta posición es válida y respetable, más aún cuando esta postura es defendida por el profesor Pérez Tamayo en su *Ética Laica*. Pero si dejamos de lado las dos posiciones anteriores: texto ético vs. contrato y tomamos una postura intermedia, podríamos lanzar la idea de que el Juramento, al que nos referimos, nos sugiere normas de conducta para una buena conducción en nuestra profesión, es decir, establece un marco moral. Siguiendo este supuesto nos referiremos principalmente a cuatro elementos que, a nuestro modo de ver, podrían guiar el camino hacia la virtud:

- Consideración a nuestros maestros —Reconocimiento y gratitud—.
- Respeto hacia los pacientes —Dignidad—.
- Reconocer los límites del conocimiento médico —Humildad—.
- Mantener el secreto médico —Confianza—.

Tocando el primer punto debemos decir que no podríamos afirmar que todos nuestros maestros llegaron a cubrir totalmente nuestras expectativas, sea cual fuere la causa; pero lo que sí podríamos asegurar es que, sin dudarlo, nos brindaron su experiencia, paciencia, tiempo y su ejemplo en diversos grados, no somos perfectos. Por este motivo creo que es importante recordar lo que nos dice el juramento: «Tener a mi maestro en este arte en la misma consideración que a mis progenitores», en palabras menos exigentes, respetarlo. Cosa tan difícil en este tiempo en el que el desprecio, las rivalidades y los resentimientos nos desune cada vez más.

En el segundo punto es importante señalar que el médico indica su deseo de no dañar y respetar a su paciente: «Haré uso del régimen en beneficio de los enfermos», su enemigo es la muerte y, por lo tanto, realizará todo lo necesario para evitarla. Como se explica en los diálogos platónicos, el médico de hombres libres informará sobre su enfermedad y tratamiento a su pacientes, máxima que en la actualidad debería seguir. El médico busca el bien del enfermo y trabajará para que recobre la salud, por principio el médico no busca dañar a su paciente. De la misma forma le informará lo que se debe hacer y sugerirá un tratamiento. Lo que sí ha cambiado es la aceptación de las sugerencias médicas por parte del paciente, pues su autonomía debe regir y, aunque exista controversia, creo yo que está claro que el Juramento Hipocrático protege la vida: «A nadie daré, aunque me lo pida un remedio mortal, ni tomaré la iniciativa de proponer una cosa así»¹³.

Como tercer punto, reconocer que la ciencia médica se expande cada día más, lo que es verdad hoy, mañana posiblemente ya no lo sea, por lo tanto el médico debe comprender que no siempre trabaja con certezas, que tiene que saber hasta dónde puede llegar. Esta idea la encontramos en el Juramento Hipocrático, cuando se indica: «Haré uso del régimen en beneficio de los enfermos, según mi capacidad y mi recto entender [...] No cortaré, por cierto, a los enfermos de piedra, sino que los dejaré en manos de los hombres que realizan esa práctica». Como es fácil observar, la prudencia que debe tener el médico no es un consejo nuevo.

Por último, en este documento también podemos observar la necesidad de preservar el secreto médico: «Todo lo que viere o escuchare en el ejercicio de mi profesión, o fuera de esta, en relación con la vida de los hombres, si ello no debe ser divulgado jamás, lo mantendré en silencio teniendo tales cosas por secretas». Se decía antaño que a las únicas personas que no se les puede mentir es al cura y al médico, pues bien, debemos ser consecuentes con esta confianza. Cuando una persona enferma, en el proceso del diagnóstico es vulnerada en varias esferas: física, emocional, religiosa, social, etc., y pese a esto el paciente nos confiere la potestad de albacea de esta información,

13 Sobre este tema no entraremos en debate en este texto, pues el abanico de posibilidades al hablar sobre el concepto «vida», sus connotaciones y circunstancias es extenso y muy complejo, así que nos centraremos en la textualidad del escrito.

nuestro deber es cuidarla, guardándola con celo. El médico es el depositario de lo más valioso que tiene la persona: su dignidad¹⁴, y esta puede ser quebrantada por cualquier descuido por nuestra parte.

Si alguna persona piensa que el Juramento Hipocrático es algo pasado, sin vigencia, fruto de la melancolía de algunas personas igualmente viejas que se aferran a ideas caducas en nuestros días, seguramente se alegrarán al saber que existe una versión actualizada. Esta reestructuración, realizada en Ginebra en el año 1948, en la Segunda Asamblea General de la Asociación Médica Mundial, presenta una fórmula más concisa, aunque en su esencia deja traslucir las mismas aspiraciones que su predecesor. A continuación, se transcribe *La promesa del médico*, más conocida como *La Declaración de Ginebra*:

En el momento de ser admitido entre los miembros de la profesión médica, me comprometo solemnemente a consagrar mi vida al servicio de la humanidad. Conservaré a mis maestros el respeto y el reconocimiento a que son acreedores. Desempeñaré mi arte con conciencia y dignidad. La salud y la vida de mi enfermo será la primera de mis precauciones. Respetaré el secreto de quien haya confiado en mí. Mantendré en toda la medida de mis medios, el honor y las nobles tradiciones de la profesión médica. Mis colegas serán mis hermanos. No permitiré que entre mi deber y mi enfermo vengan a interponerse consideraciones de religión, de nacionalidad, de raza, de partido o de clase. Tendré absoluto respeto por la vida humana, desde su concepción. Aún bajo amenazas no admitiré utilizar mis conocimientos médicos contra las leyes de la humanidad. Hago estas promesas solemnemente, libremente, por mi honor.

Sería prudente de nuestra parte cavar estas palabras y enarbolárlas conscientemente. Sus principios son el inicio, el punto de partida

14 Javier Gomá Lanzón señala: «Solo el ser humano posee con pleno derecho, incondicionalmente, la cualidad de inalienable, no sustituible, fin en sí mismo y nunca sólo medio. [...] Podría definirse la dignidad precisamente como aquello inexpropiable que hace al individuo “resistente” a todo, interés general o bien común incluidos. [...] Esa propiedad íntima al individuo, parecida al diamante por su brillantez y su fuerza, que se resiste a cualquier causa que comporte la colectivización del individuo y, en último término, su cosificación» (Gomá Lanzón, 2019, pp. 29-30).

que guiará el camino a seguir por todo médico, un camino arduo y difícil, pero lleno de alegrías cuando se lo vive correctamente.

Si lo pensamos bien, posiblemente el Juramento Hipocrático sea el lugar indicado en el cual encontrar una base de lo que los antiguos griegos denominaban una «vida buena», pues el juramento que realizamos al ser investidos como médicos no hay que recitarlo, hay que vivirlo.

La Virtud

La virtud: camino hacia una vida buena

«Es propio de un esclavo buscar ganancias sin poner cuidado en las cosas buenas».

(Aristóteles)

En *La muerte de Ivan Ilch* Lev Tolstoi nos relata la vida del fiscal Iván Ilich Govolin, un hombre entregado a su trabajo y preocupado del acrecentamiento del estatus familiar. Casado con una mujer que le recrimina constantemente por los problemas existentes en el entorno familiar, y con una descendencia que exige cada vez más dinero, fue orillado a refugiarse en la seguridad de su trabajo, como forma de huir.

En este mundo él había concentrado todo el interés de la vida. Y este interés le absorbía. La conciencia de su poder, la posibilidad de hundir a cualquiera a quien deseara hundir, su trascendencia, incluso en lo extremo, cuando entraba en la sala del tribunal y se cruzaba con algún subordinado, sus éxitos ante superiores y subordinados y, en particular, su maestría, él mismo se daba cuenta, para conducir las causas eran otros tantos motivos de alegría que, unidos a las charlas, los almuerzos y el *whist* con sus colegas, llenaban su vida. (Tolstoi, 2011, p. 31)

Esta aparente buena vida, a la que Ivan se encontraba acostumbrado, trastabilla cuando en ella irrumpe intempestivamente la enfermedad, un padecimiento que lo encamina a la muerte. Es precisamente en este momento cuando él duda de la vida que ha llevado hasta el momento y como un espectador externo, observa y medita sobre ella. ¿Sus decisiones fueron correctas?, ¿quienes decían ser sus amigos lo eran?, ¿valió la pena lo vivido? Tal vez Medea, antes de matar a sus hijos y su amado Jasón, también meditó sobre sus acciones y si en verdad valieron la pena.

Cuando la voz del alma le pregunta a Ivan ¿Qué quieres?, él le responde: ¡Vivir! En ese momento la voz le cuestiona nuevamente ¿Vivir cómo? Su respuesta le sorprende. Nada salvo los primeros recuerdos de la infancia le proporcionan un sentido a su vida, algo similar a lo que sintió el protagonista de la película *Ciudadano Kane* quien, al final de su vida, desprecia todos sus tesoros por el recuerdo de un carrito que le lleva a su infancia.

¿Por qué alguien despreciaría todos los bienes materiales o cuestionaría su vida por un solo momento de la infancia? Tal vez la respuesta nos llegue con la madurez, con la experiencia y tras los golpes recibidos, pero por ahora, y aprovechando este momento, podemos intentar reflexionar si son lo mismo: vivir una buena vida o vivir una vida buena.

¿Es lo mismo una vida buena que una buena vida?

Frente a las murallas de Troya dos guerreros se encuentran cara a cara. Sus rostros no mienten, están dispuestos a dejar su vida en la arena, claro está, la motivación que los mueve no es la misma. Al primero lo mueve su familia, su ciudad y su pueblo; al segundo la cólera por la muerte de un ser querido que en ese momento le hace olvidar el verdadero estímulo que lo trajo a este lugar, la inmortalidad, profetizada bajo una concisa condición tener una vida breve.

Héctor, el héroe troyano, está consciente de que tiene las de perder contra Aquiles el héroe aqueo, ha vivido una «vida buena» y por lo tanto espera tener una «bella muerte» —*Kalos thánatos*—, le sobrevivirán canciones que recuerden ese día. Vernat J, citado por García Gual (2016) ejemplifica esta aspiración:

Al pie de los muros de Troya que le han visto huir, desesperado, ante Aquiles, Héctor ahora se ha parado. Sabe que va a morir. Atenea lo ha engañado, todos los dioses lo han abandonado. El destino de muerte, *moira*, ha puesto ya su mano sobre él. Pero si no está en su poder el vencer y sobrevivir, depende de él cumplir lo que exige, a sus ojos como a los de sus iguales, su condición de guerrero: transformar su muerte en gloria imperecedera, hacer del lote común a todas las criaturas sujetas a la matanza un bien que le sea propio y

cuyo brillo le pertenezca siempre. «No, no quiero yo morir sin lucha ni gloria, *akleîôs*, ni sin alguna acción cuyo relato llegue a los hombres venideros, *essoménoisi pythésthai*». (p. 115)

Ha tenido una vida moral y, aunque teme a la muerte, la acepta con entereza, se ha preparado desde niño para aceptarla.

Por su parte Aquiles, a quien se lo denominaría El mejor de los aqueos, ha tenido una vida llena de lujos en el gineceo de Esciros, al ocultarlo en este lugar su madre pretende evitar la profecía que le condena a morir, vive rodeado de ostentaciones pero vestido de mujer. Solo el ardid del ingenioso Odiseo —Ulises— hará despertar de su letargo las ansias de combate adormilado en su interior, pues al escuchar el toque de la trompeta tronar, en su interior siente vibrar un deseo inocultable, la aspiración de cumplir con su destino, caminar hacia el campo de batalla y dejar de lado esta falsa «buena vida» que ha llevado, en busca de lo que será su nueva meta, una «vida buena», regida por una conciencia moral, aliciente que le permite aceptar su destino.

Cuando en las costas de Esciros, Aquiles decide subirse a las naves griegas rumbo a Troya está respondiendo a una llamada procedente de una conciencia moral anterior a la trompeta que Ulises hace sonar. [...] Y es entonces cuando decide emprender un viaje sin regreso, dejando atrás su patria, su casa, a su madre, su infancia, su inmortalidad. De modo que será el deseo de encarnar en sí mismo y con su vida esa idealidad de ejemplo perfecto de virtud lo que conducirá a Aquiles a entrar en la experiencia cruenta de la polis y a cambiar una cuna inmortal por una muerte prematura». (Gomá Lanzón, 2015, p. 63)

Dos hombres se preparan para enfrentarse cara a cara, y la pregunta que nace es: ¿tienen estas historias algo en común? Y aunque existe mucho que decir de estos personajes, no podemos más que aceptar que los rivales han ejercido su capacidad de libertad. Sus decisiones los han conducido hasta este momento.

Los guerreros —cada uno con sus circunstancias— han elegido cómo vivir y enfrentar su vida, han aceptado también la muerte como

posibilidad, reconocen que solo uno saldrá en pie y están conscientes de su decisión. En este momento incierto el recuerdo de haber intentado una «vida buena» los conforta, y la esperanza de que su recuerdo perdure en las voces de los aedos.

Pero, ¿qué es tener una vida buena? Para contestar esta respuesta lo primero que tenemos que dilucidar es, si es lo mismo tener una «buena vida» y tener una «vida buena».

A primera instancia podríamos aceptar que estas dos frases son sinónimos, pero si las separamos y ponemos atención en ellas, podremos observar que su acepción dista de ser la misma. Tener o disfrutar de una «buena vida» hace referencia a la posibilidad de poseer una existencia en la cual todas nuestras necesidades básicas están cubiertas y no son objeto de preocupación, es más, una vida que nos permita disfrutar alguno que otro exceso, ¿por qué no?, pero desde un punto de vista individualista, desde una mirada egoísta e irreflexiva.

En la obra de A. J. Cronin, *La Ciudadela*, el doctor Andrew Manson, un joven médico idealista cambia su forma de ser cuando desplaza su trabajo del periférico pueblo minero de Drineffy a la ciudad de Londres, en ella se encontrará una forma diferente de hacer las cosas y poco a poco se verá envuelto en una red de consumismo y dependencia al dinero. Sus trajes modestos se vuelven suntuosos, superfluos, ya no camina sino se moviliza en autos de lujo y dispensa a sus pacientes entre sus colegas por una módica comisión. Cegado por el estatus y el dinero, ignora los consejos de su esposa quien le invita a regresar a una vida tranquila y humilde, a su antigua casa que sin tanta opulencia los hacía tan felices. Él no está dispuesto a escucharla y hace oídos sordos a sus peticiones, pues desea tener una «buena vida», para eso sirve el dinero, para traer «felicidad».

Por otra parte, la «vida buena» hace referencia a vivir una vida digna de ser vivida, a gestar y realizar una vida ejemplar cuyo objetivo primordial sea llevarnos a la felicidad, pero no desde una mera comprensión teórica, sino desde la práctica (Nussbaum, 2021, p. 87).

Se dice bien, pues, que realizando acciones justas y moderadas se hace uno justo y moderado respectivamente; y sin hacerlas, nadie podría llegar a ser bueno. Pero la mayoría no ejerce estas cosas, sino que, refugiándose en la teoría, creen filosofar y poder así ser hombres virtuosos; se comportan

como los enfermos que escuchan con atención a los médicos, pero no hacen nada de lo que les prescriben. Y, así como estos pacientes no sanarán del cuerpo con tal tratamiento, tampoco aquellos sanarán con tal filosofía. (Aristóteles, 1985, p. 165)

Claro está que para empezar este camino lo óptimo sería tener cubiertas nuestras necesidades vitales, por lo tanto una «buena vida» no es incompatible con una «vida buena». Pero de no ser este el escenario, tampoco es incompatible la búsqueda de una «vida buena» dentro de una realidad más modesta, el camino será más empinado, pero con esfuerzo se puede lograr, recordemos a Diógenes, El cínico, y su ejemplo de vida.

La «vida buena» va aparejada con la buena conducta, la introspección, por lo tanto debe ser útil —*chrēsime*— y de provecho —*óphe-los*— y debe tener un fin, no solo personal sino comunitario, la «vida buena» debe ser compartida por muchos, *polukoinon*:

Con todo, aun cuando la felicidad no sea enviada por los dioses, sino que sobrevenga mediante la virtud y cierto aprendizaje o ejercicio, parece ser el más divino de los bienes, pues el premio y fin de la virtud es lo mejor y evidentemente, algo divino y venturoso. Además es compartido por muchos hombres, pues por medio de cierto aprendizaje y diligencia lo pueden alcanzar todos los que no están incapacitados para la virtud, *arete*. (Aristóteles, 1985, pp. 146-147)

La *eudaimonia*, traducida comúnmente como felicidad para los griegos, es para Aristóteles el bien final hacia el que convergen todas las acciones de los hombres, finalidad última y bien supremo (Ruíz Trujillo, 2015, p. 106), pero desde un sentido más amplio que el habitual, el de una sensación generada por una satisfacción física o mental, sino algo más profundo, un estado de «plenitud». Este estado está —como ya se mencionó anteriormente— íntimamente ligado a la forma de vivir, por lo tanto, somos nosotros los gestores de su consecución:

[...] En primer lugar, que nuestras acciones no responden al azar, sino que tienen una finalidad; y en segundo lugar, que la felicidad, sea lo que sea, es esa finalidad que persiguen nuestras acciones. Así que podemos inferir una tercera idea

básica: esa felicidad o vida plena depende en cierto modo de nosotros, de nuestra conducta, y no de algo o alguien externo. (Ruíz Trujillo, 2015, p. 106)

Siguiendo con la historia de Andrew Manson, ha interpretado que la felicidad está relacionada con su estatus económico —aunque en sus inicios no lo creía—, hasta que un golpe inesperado le hace darse cuenta de la verdad: la muerte de Harry Vidler, un modesto comerciante que adolecía de un quiste abdominal que le causaba molestias. Durante la intervención se da cuenta que el magnífico cirujano al que derivaban todos los pacientes no podía hacer nada, no estaba preparado para la atención de algo más grave que unas anginas o procedimientos menores. La imposibilidad de extraer el quiste abdominal lo perturba:

Andrés miraba irritado a Ivory, pensando: ¿qué hace este hombre? No había mucho espacio en que trabajar en el abdomen, pero había el suficiente. Había visto a Denny, Llewellyn, a una docena más en su antiguo hospital, manipulando expertamente en mucho menos espacio. Era arte de cirujano palpar en las posiciones más embarazosas. De pronto se dio cuenta de que esta era la primera operación abdominal que Ivory realizaba a pedido suyo. Disimuladamente volvió el reloj a su bolsillo y se inclinó más hacia la mesa, casi rígidamente. (Cronin, 1993, p. 403)

Tras la muerte de Vidler, fruto de la apertura imprudente del quiste que resultó hemorrágico por no poder dar con su pedículo, Manson increpa al cirujano, no solo por su imprudencia, sino por las mentiras consoladoras con las que justifica el galeno la muerte del pobre hombre a su esposa: «Usted sabe que lo mató. Usted no es cirujano. Nunca lo fue [...], nunca lo será. Usted es el peor chapucero que haya visto en toda mi vida». Y en una introspección forzada por las circunstancias comprende lo cegado que estaba: «¡Yo debería haber sabido! Soy tan culpable como usted». Él y su libertad mal entendida fueron los causantes de esta y otras atrocidades relatadas en esta obra.

Las transformaciones morales pueden darse de dos maneras: la primera, a través de un evento traumático que sacuda nuestra vida

y produzca un cambio abrupto, como en el caso anterior, o lo acontecido con Eberenizer Scrooge en el cuento «Canción de Navidad» de Charles Dickens (Bassham & Bronson, 2014, p. 24); y, la segunda, a través del hábito y el entrenamiento, un camino más largo pero más perdurable como el producido con el personaje Pinocho, de la obra de Carlo Collodi, quien luego de todas sus penurias y peripecias es recompensado por el hada hermosa, quien le concede su deseo en virtud de su buen corazón. La conversación final del libro indica:

—Este cambio imprevisto en nuestra casa es todo mérito tuyo —dijo Geppetto.

—¿Por qué mérito mío?

—Porque cuando los niños malos se vuelven buenos tienen la virtud de renovar y alegrar la vida de sus familias.

[...] ¡Qué gracioso era como marioneta! ¡Y qué contento estoy de haberme convertido en un buen muchacho. (Collodi, 2012, p. 169)

El camino a la felicidad no es fácil, pero afortunadamente existen tres bienes que conducen a ella: la virtud, la prudencia y el placer (Aristóteles, 1985, p. 418).

El camino hacia la virtud es un sendero por trabajar con base a nuestras decisiones, es decir, ejerciendo nuestra libertad, meditando cada una de las opciones que se nos presenta y sopesándolas. Si meditamos nuestras acciones sesudamente como reza en *Medea*, sería prudente el alejarnos de las pasiones extremas que pueden guiarnos hacia derroteros poco virtuosos (Nussbaum, 2021, p. 542). Solo el autogobierno nos permite caminar hacia una integridad personal, donde nuestro fin es la vida moral.

La libertad que poseemos no está exenta de riesgos, es así que las providencias que tomemos siempre traerán consecuencias. Utilizando el símil del médico y del filósofo, podemos leer en el texto de Sexto Empírico:

Por tanto, como el médico que cura una pleuresía pero produce una neumonía, o que ataja un ataque de locura pero deja en su lugar letargia, no elimina el peligro, sino que lo muda por otro, así también el filósofo que introduce una

angustia en lugar de otra no ayuda a quien está angustiado.
(Sexto Empírico, 2012, p. 684)

Por lo tanto, nuestra libertad no debe ser entendida como la simple elección dicotómica entre una u otra cosa —esto sería una visión muy reduccionista—, ni como una toma de decisiones irreflexivas. Una «vida buena» debe tener como sustento el ejercicio de la libertad, pero no desde un punto de vista mecánico y explosivo, pues la falta de reflexión y el dejarse arrastrar por las pasiones extremas nos puede llevar a tomar malas decisiones. Por eso es válido recoger la sugerencia de pensar no una, sino dos, o más veces, frente a un cuestionamiento.

Frances Torralba señala que «la libertad es todo aquello que nos libera de todo lo que nos subyuga», por lo tanto esta debe ser entendida no solo como la capacidad de decidir entre A o B, entre esto y aquello, sino como una acción meditada, sopesada cuidadosamente, y que mediante la cual podemos adquirir y perennizar la excelencia, lo que los griegos denominaban la «virtud». Cabe recalcar que «libertad» y «vida buena» no son sinónimos de bienestar, felicidad u otra acepción que indique alejamiento de sufrimiento. Muchas veces la vida buena exige este sufrimiento.

La virtud

Son muchas las capacidades que adornan y caracterizan al ser humano, pero de seguro entre las más importantes está su racionalidad. Esta «potencia» que nos permite pensar de forma fundamentada y estructurada no debería ser tomada a menos, pues trabajada correctamente puede incrementar nuestro desarrollo personal, ya que solo «mediante el desarrollo filosófico del razonamiento práctico activo» (Nussbaum, 2021, p. 404) uno puede crecer en la «virtud».

En la Grecia antigua la virtud era un elemento necesario tanto para hombres como para mujeres, y cada uno lo desarrolla en el ámbito particular que le tocaba vivir y desarrollarse. Si la sabiduría práctica está presente en el hombre, para los griegos no puede no estar presente en la mujer.

Como es bien sabido la cultura griega no tenía estructurada una condición de igualdad entre hombres y mujeres, dándole primacía al primero, pero nunca quitándole valor y relevancia a las actividades femeninas y, si bien estas eran principalmente dirigidas al ámbito familiar, debían ser tan virtuosas o más que los hombres para ocuparse de ella. Un ejemplo de esto lo vemos en lo referente a la administración prudentemente y justa de los asuntos del hogar, así como en la fortaleza y coraje para hacer frente al alumbramiento y la crianza de los hijos, e incluso el ser valiente para proteger a su familia en caso de peligro (Musonio, 1995, p. 79).

Algo interesante en este campo es que varios filósofos discutieron el rol femenino en su sociedad y, aunque no se observaron cambios inmediatos —pues estos se han producido paulatinamente a través de luchas y reivindicaciones principalmente desde el siglo XIX— gestaron un germen de cuestionamiento, afirmando la igualdad entre el hombre y la mujer en todos los estratos —estructural, racional, moral y virtuosidad—. El primer texto proviene de Musonio y el segundo de Platón.

De Musonio Rufo:

Una vez, que uno le preguntó si también las mujeres habían de filosofar, empezó a explicar más o menos así por qué habían de filosofar:

—El mismo raciocinio —dijo— han recibido de los dioses las mujeres y los hombres, el que utilizamos en las relaciones mutuas y con el que discurrimos sobre cada cosa si es buena o mala y si es hermosa o fea. Igualmente, los mismos sentidos tiene la mujer que el varón: ver, oír, oler y lo demás. Y, de la misma manera, también cada uno de los dos tiene las mismas partes del cuerpo, y no uno más que otro. Además, el deseo y la buena disposición natural hacia la virtud reside no solo en los hombres, sino también en las mujeres. Por lo tanto, ellas no están en nada peor dispuestas que los hombres para deleitarse con las obras bellas y hermosas no para rechazar sus contrarias. Siendo así, ¿por qué entonces convendría a los hombres buscar e investigar cómo vivirían mejor, que en lo que consiste el filosofar y a las mujeres no? (Musonio, 1995, p. 79)

De Platón:

—Por consiguiente, querido mío, no hay ninguna ocupación entre las concernientes al gobierno del Estado que sea de la mujer por ser mujer ni del hombre en tanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos seres vivos, por lo cual la mujer participa, por naturaleza, de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre; sólo que en todas la mujer es más débil que el hombre.

— Completamente de acuerdo.

—¿Hemos de asignar entonces todas las tareas a los hombres y ninguna a las mujeres?

—No veo cómo habríamos de hacerlo.

— Creo que, más bien, diremos que una mujer es apta para la medicina y otra no, una apta por la naturaleza para la música y otra no.

—Sin duda.

—¿Y acaso no hay mujeres aptas para la gimnasia y para la guerra, mientras otras serán incapaces de combatir y no gustarán de la gimnasia?

—Lo creo.

—¿Y no será una amante de la sabiduría y otra enemiga de ésta? ¿Y una fogosa y otra de sangre de horchata?

—Así es.

—Por ende, una mujer es apta para ser guardiana y otra no: ¿no es por tener una naturaleza de tal índole por lo que hemos elegido guardianes a los hombres?

—De tal índole en efecto.

—¿Hay, por lo tanto, una misma naturaleza en la mujer y en el hombre en relación con el cuidado del Estado, excepto en que ella es más débil y él más fuerte?

—Parece que sí. (Platón. *República*, 1988, pp. 254-255)

Si bien estos textos plantean una igualdad o paridad de la mujer en su sociedad, también se insta a que las mujeres cumplan sus roles preestablecidos:

Pero hay quienes dicen que necesariamente, ¡por Zeus!, las mujeres que se acercaran a los filósofos se volverían sumamente presuntuosas y arrogantes si, abandonando la vida retirada, se desenvolvieran entre los hombres y se ejercitaran en los discursos y se dedicaran a los sofismas y a resolver silogismos, cuando han de quedarse en casa a hilar.

Pero a mí no me parecería bien que abandonaran sus tareas para dedicarse solo a los discursos ni las mujeres que filosofan ni los hombres, sino que afirmo que cuantos se dedican a los discursos han de dedicarse a ellos en razón de las obras. Pues igual que no resulta ningún beneficio del discurso médico si no conduce a la salud del cuerpo humano, no resulta de ello ningún beneficio a menos que conduzca a la virtud del alma humana. (Musonio, 2995, p. 79)

Moller Okin (1989), citada por Luján di Biase, indica que a pesar de las intenciones de Platón de compartir las funciones del estado equitativamente entre hombre y mujeres esto no se pudo dar por ser «esposas privadas» y expone las siguientes razones:

1. La cuestión práctica de la lactancia en el embarazo [en *Leyes*] no está regulada no es tan predecible como en *La República* [...] por lo que no se confía a las mujeres con funciones continuas en cargos públicos, especialmente militares.
2. La restauración de los quehaceres domésticos privados responsabiliza a cada esposa del mantenimiento del hogar, y es claro que en *Las Leyes* las madres participan mucho en los cuidados de los niños pequeños [en *República*].
3. Para Platón es impensable que las mujeres, «esposas privadas», cumplan los mismos roles públicos, especialmente militares, que las guardianas a quienes no definió como dependientes de un varón—. (Luján di Biase, 2012, p. 911)

Esta visión patriarcal en la actualidad ha dejado de ser la hegemónica y que cada día se trabaja por desterrar, era normal en la antigua Grecia, por lo tanto, una relación entre una mujer y un hombre virtuoso potenciaban sus posibilidades; esto es importante comprenderlo pues en la Grecia Antigua la virtud se forja con el trabajo de sí, y al fraguarse, nace en su crisol, la moral.

La persona virtuosa entonces, será aquella que pueda presentarse ante la *polis* sin desconfianza, sin temor, pues su vida es el reflejo de su conducta, de su moral. Su vida testifica y avala su forma de obrar frente a los demás.

Como hemos reiterado el ser humano está encaminado o al menos, tiene la potencialidad de elegir la búsqueda de una «vida buena», para esto, entre otras cosas serán necesarios dos atributos a perseguir, el primero una «vida contemplativa» y segundo, la práctica constante de las «virtudes».

La virtud o *areté* hace referencia a la excelencia en el cumplimiento de una meta, propósito o fin y por lo tanto requiere esfuerzo. Para el estagirita la vida feliz es aquella que se vive de conformidad con la virtud, y por ello esta vida tiene lugar en el esfuerzo, no en la disipación (Aristóteles, 1985, p. 395). El término *virtud* proviene del sustantivo latino *vir*, fuerza viril del guerrero impuesto en combate, haciendo alusión a la fuerza necesaria en el hombre para tomar las decisiones que le llevarán a buen puerto en su periplo vital, las virtudes se encuentran íntimamente relacionadas con los valores. Los valores¹⁵ son formas de excelencia que enriquecen la realidad y la virtud es la realización de los valores; solo el hombre virtuoso puede dar vida al valor. López Quintas (2022) pone un ejemplo muy interesante a este respecto. Una partitura de una obra musical posee un valor por sí misma, pero este permanece dormido hasta alguien que ha estudiado música, descifra el pentagrama y sus notas, toca la pieza al piano, y gracias al esfuerzo y dedicación puesta en su práctica logra interpretarla con excelencia, en ese momento ha dado vida a la virtuosidad. En este sentido las virtudes no solo son morales, sino intelectuales:

15 David Pastor Vico (2023), en *Ética para desconfiados*, nos presenta la siguiente definición: «Pues llamamos valores a esas conducta o actitudes de nuestro carácter que, dependiendo de cada momento histórico, del lugar del mundo y de las costumbres y tradiciones de cada cultura, se consideran valiosos para la construcción moral de esas sociedades» (p. 58).

Por eso, para vivir una vida buena y feliz, necesitamos ser virtuosos, lo que significa desarrollar una serie de rasgos de carácter positivos, propios de un ser humano. Aristóteles distingue entre virtudes «intelectuales» y «morales». Entre las virtudes intelectuales, incluyen las que requieren nuestra racionalidad: la capacidad de adquirir conocimientos mediante el uso de razonamiento lógico; saber hacer cosas; saber tomar decisiones buenas y racionales; tener comprensión o sabiduría filosófica; ser en suma inteligente. Entre las morales, incluye una amplia variedad de virtudes tradicionales, como el valor, la moderación, la generosidad y la amistad. (Sellars, 2024, pp. 110-111)

Actuar mediante la «virtud» no debe ser entendido como un hacer durante un momento determinado, sino una forma de vida, se actúa virtuosamente diariamente, hasta generar un hábito. Así como el cirujano perfecciona su técnica con el trabajo diario, analizando sus fallas y aciertos meditando qué se pudo hacer mejor para conseguir la excelencia, o cuando el médico internista pone su máximo empeño en realizar una historia clínica de calidad para con ella intentar el intrincado camino hacia un diagnóstico, en la vida diaria también se puede acometer este objetivo, para Gregorio Marañón posiblemente el significado de virtud se equipararía con lo que él denominaba ser un «liberal», es decir una conducta y, por tanto algo más que una política, y por lo tanto como conducta «no requiere profesiones de fe sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir» (Marañón, 1966, p. 9).

Si el hábito es bueno, se le denominaría virtud, si es malo, sería un vicio. La virtud para Aristóteles se encontrará en el medio¹⁶ entre dos extremos.

16 Según John Sellars (2024) la idea de término medio no es exclusiva de Aristóteles sino una idea discutida entre los griegos. «La encontramos ya en la cultura griega antigua, como en la máxima delfica antes citada: “nada en exceso”; y, en la *República*, Platón hace decir a Sócrates que uno debe seguir un camino intermedio, evitando los extremos a ambos lados, “porque esta es la senda más segura para el ser humano que busca la felicidad más elevada posible”» (p. 112).

[...] hay que aceptar que, en toda cosa continua y divisible, hay un exceso, un defecto y un término medio, y eso en su relación mutua o bien en relación con nosotros; por ejemplo, en la gimnasia, en la medicina, en la arquitectura, en la navegación y en cualquier clase de acción, tanto científica como no científica, tanto técnica como no técnica, puesto que el movimiento es continuo y la acción es un movimiento. Pero en todo el término medio relativo a nosotros es lo mejor, porque es lo que la acción y la razón ordenan. (Aristóteles, 1985, pp. 438-439)

Como se señaló anteriormente, es importante recordar que un valor no es una virtud sino que se lo trabaja y, aunque se encuentran íntimamente relacionados, no son iguales. Muchas veces tanto nuestros excesos o defectos pueden pasar por virtudes sin serlo, confundiendo no solo a quien lo ejerce sino a los que lo observan. Aristóteles a manera de ejemplo presenta una lista de excesos-defectos-virtudes.

Tabla 1

Excesos, defectos y virtudes según Aristóteles

Excesos	Virtudes	Defectos
Irascibilidad	Mansedumbre	Indolencia
Temeridad	Virilidad	Cobardía
Ganancia	Lo justo	Pérdida
Adulación	Amabilidad	Desabrimiento
Obsequiosidad	Dignidad	Antipatía

Nota. Realizado por el autor.

Las virtudes se aprenden observando a otros realizarlas y por *mimesis*, imitándolas, hasta convertirlas en un hábito, por eso es importante reconocer a quién tenemos a nuestro lado, no todos tenemos la suerte de Noboru Yasumoto de tener a un maestro como el doctor Barbarroja para que nos guíe.

La «vida contemplativa» es otro de los requisitos para una «vida buena», esta intenta, mediante la reflexión, comprendernos a nosotros y al mundo en que vivimos. La felicidad no es algo que

se adquiriera por el hecho de existir, pues si este fuera el caso «podría pertenecer también al hombre que pasara la vida durmiendo o viviera como una planta, o al hombre que sufriera las mayores desgracias» (Aristóteles, 1985, p. 393). La sabiduría es la virtud más elevada y por lo tanto el hombre que la cultive encontrará la felicidad perfecta, ya lo indica el inicio de la *Metafísica* de Aristóteles: «todos los hombres por naturaleza desean conocer» y continúa en su *Libro X de la ética* a Nicomaquéa:

Ya sea, pues, el intelecto ya otra cosa lo que, por naturaleza, parece mandar y dirigir y poseer el conocimiento de los objetos nobles y divinos, siendo esto mismo divino o la parte más divina que hay en nosotros, su actividad de acuerdo con la virtud propia será la felicidad perfecta. Y esta actividad es contemplativa, como ya hemos dicho. (Aristóteles, 1985, p. 395)

En la literatura hay muchos ejemplos de hombres que han buscado mediante la contemplación la perfección y una «vida buena». En el libro *Relatos de un peregrino ruso*, su protagonista está constantemente cuestionándose: ¿Cómo hacer para salvarme?, ¿qué desean de mí?, ¿dónde encontrar a alguien que pueda explicarme estas palabras? Pero no se queda en la inactividad, busca un maestro, ejercita los consejos y guías que le brindan, busca hacer práctico lo que en el intelecto quedaría dormido. En *Sinuhé. El egipcio*, obra de Mika Waltari, su protagonista reflexiona al avanzar en sus estudios sobre su insuficiencia de saber: «¿No es acaso una realidad que un médico no lo es realmente hasta que reconoce humildemente que no sabe nada?» (Waltari, 2016, p. 48). La búsqueda de respuestas nos debe llevar a la acción, por lo tanto, una vida contemplativa nos insta y guía a perseguir una conducta moral asociada a la búsqueda del honor y una buena reputación, una vida comprometida con el bien de la comunidad. En *Ética para Amador*, Savater (2022) nos insta a pensar la siguiente frase de Erich Fromm: «Ser capaz de prestarse atención a uno mismo es requisito previo para tener la capacidad de prestar atención a los demás; el sentirse a gusto con uno mismo es la condición necesaria para relacionarse con otros» (p. 61). No cabe duda que la única forma de vivir una «vida buena» no es desde el egoísmo

individual, sino desde el deseo de un surgimiento comunitario. Si bien la ejemplaridad se vive en primera persona, debe ser sentida y palpada en la sociedad, y este consejo es válido no solo para ejercer nuestra práctica médica y profesión, sino para la vida.

Palabras finales

Como se ha podido desprender de este texto, no existen recetas para conseguir una «vida buena», ya que está es un proceso de construcción permanente, es entendible que durante nuestro trajinar confundamos este objetivo, desviemos nuestro camino, fallemos, tropecemos y nos desplomemos, pues la vida nos puede llevar por rumbos y posibilidades impensables. Lo importante es que en esos momentos se deba evitar la inactividad que lleva a estancarnos y meditar cómo lograr vencer este impase, cómo lograr que nuestra vida vuelva a su cauce y sea «buena». Es un trabajo muy difícil.

Los griegos, al sentirse apremiados por algún problema, recurrían a los oráculos, quien haya visto la película 300 recordará la escena en que Leónidas asciende la montaña en busca de los Eforos, sacerdote de los viejos dioses con la intención de pedirles consejo. Así también el santuario de Delfos era un lugar visitado con igual intención, en él se encontraban inscritas máximas de conducta, que aún en la actualidad muchas tienen vigencia. Posiblemente las más conocidas sean: Conócete a ti mismo, Nada en exceso, La confianza trae la ruina. Pero existen muchas más y algunas de ellas son: Respeta a tus padres, Domina tu lengua, Sé justo juzgando, Aprende a aprender, Reflexiona lo que hayas escuchado, Busca la sabiduría, Ensalza la virtud. Todas ellas nos brindan consejos, pero nos llevan a una conclusión: una vida virtuosa se construye en la cotidianidad.

Fernando Savater (2022) nos proporciona cuatro rasgos que pueden expandir nuestra conciencia moral y que, por su importancia, se los transcribe íntegramente:

- a. Saber que no todo da igual porque queremos realmente vivir y además vivir bien, «humanamente bien».
- b. Estar dispuestos a «fijarnos» en si lo que hacemos corresponde a lo que de veras queremos o no.
- c. A base de práctica, ir desarrollando el «buen gusto» moral, de tal modo que haya ciertas cosas que nos «repugne» espontáneamente —por ejemplo, que le dé a uno «asco» mentir como nos da asco por lo general mear en la sopera de la que vamos a servirnos de inmediato [...]—.
- d. Renunciar a buscar coartadas que disimulen que somos libres y por lo tanto razonablemente «responsables» de las consecuencias de nuestros actos». (pp. 76-77)

En el relato de Stevenson, el Dr. Jekyll deja que sus pasiones lo dominen y en el proceso surge Mr. Hyde, el ser que les da objetividad. Esta historia nos presenta una enseñanza, el caro precio que uno paga al desviarse de la senda moral. El médico como cualquier otra persona es susceptible a caer en este sendero, pero debe ser consciente de que es lícito perseguir una buena vida, pero nunca debe olvidar de buscar y transitar una vida buena.

Si como proponen los grandes maestros aprendemos por *mimesis*, nuestra tarea es muy importante, pues nuestro ejemplo, en gran medida, determinará la visión que tengan nuestros estudiantes sobre nuestra profesión. No veo tarea con más alta responsabilidad.

Conclusiones

La mitología griega y los textos que sustentan el saber griego antiguo son una fuente profunda y fértil para la investigación. En nuestro caso particular, nos ha parecido importante ahondar sobre la medicina. En este aspecto, el presente texto puede ser leído bajo dos claves.

La primera, como si fuera un libro de historia, en el cual el lector podrá ojear temas concernientes a la Medicina en la antigua Grecia y disfrutar de los diversos mitos que esta civilización nos regala. Esta opción, si bien no es la más idónea, no debe ser desalentadora, pues al terminar su lectura conoceremos algunos aspectos médicos curiosos que pueden sernos útiles como cultura general.

La segunda, que esperamos sea la que prevalezca a más de lo anterior, ha intentado exponer que la medicina no es una ciencia aislada, sino que se enriquece por los diversos saberes existentes, aunque muchas veces lo pasemos por alto.

En el caso objetivo que nos compete —y tomando la segunda opción— nuestra pretensión ha sido exponer cómo la mitología y filosofía griega embebieron la medicina de una manera particular, es decir, no solo depurando y racionalizando sus contenidos, sino confiriéndole un estatus moral que afecta tanto al enfermo como al médico. Si un enfermo desea sanar o alguien desea mantener su salud, deberá tener la entereza moral para seguir los preceptos médicos; en tanto que todo médico debe ser moral en su actuar.

Todo acto moral implica un trabajo interno de «dominio de sí», por lo tanto, este no es un regalo sino una responsabilidad. Como se puede observar al leer los diversos mitos, la vanidad y desmesura son castigados por alejarse de las normas morales, y deben pagar un precio. Recordemos lo sucedido con Asclepio y Sísifo; pero cuando ocurre lo contrario y la moral prevalece el precio puede sobrepasar lo pensado, como le sucedió a Quirón, quien fue elevado al firmamento como la constelación de Sagitario.

Una enseñanza repetitiva en los textos griegos indica que cualquier profesión, en nuestro caso la médica, debe subsistir, pero no a costa de esquilmar a quien más lo necesita, por eso es importante practicar y ejercitar la temperancia y conducta moral adecuada, pues solo su continuo hacer permitirá germinar la «virtud», elemento indispensable para aspirar a una «vida buena». No cabe duda que estos preceptos, presentes ya en la antigüedad griega, poseen total vigencia en nuestros días.

Para terminar, y basándonos en cada uno de los ensayos presentados a lo largo del texto, nos hemos atrevido a ofrecer un decálogo de actitudes que pensamos útiles para la práctica médica actual.

Decálogo

1. En cuerpo sano, mente sana. Su equilibrio te permitirá llevar una vida buena.
2. La mano es un instrumento propicio para hacer, pero también para acoger y proteger.
3. Las heridas duelen, pero sanan.
4. No cometas desmesuras, tarde o temprano acarrearán consecuencias, busca el medio.
5. Enorgúllate de tu profesión, pero recuerda de dónde vienes.
6. Las memorias pasadas pueden ayudarnos a guiar nuestro futuro. Escúchalas y concédeles tu tiempo.
7. No estás solo en este mundo, una red invisible te une con las personas. Trátalas bien y sé empático.
8. Humildad es reconocer que no lo sabemos todo. El esfuerzo constante es el camino.
9. El Juramento Hipocrático es una guía hacia la virtud médica, no lo deseches.
10. Recuerda que la introspección y la virtud son el camino hacia una «vida buena».

Referencias

- Apolodoro. (1985). *Biblioteca*. Gredos.
- Aristóteles. (1985). *Ética Nicomaquia. Ética Eudemia*. Gredos.
- Artemidoro. (1989). *La Interpretación de los sueños*. Gredos.
- Basilio, J., Lafuente, A., Asenjo, M.. (2002). Los verdaderos símbolos de la medicina: la serpiente y el bastón de Asclepio, pero no el caduceo. *Medicina Clínica*, 336-338.
- Bassham, G., & Bronson, E. (2014). *El Hobbit y la filosofía*. Del Nuevo Extremo.
- Boladeras, M., Esquirol, J. (2015). *Bioética del cuidar. ¿Qué significa la asistencia?* Tecnos.
- Bulgákov, M. (2013). *Diario de un joven médico*. Alianza Editorial.
- Camus, A. (2020). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Chuaqui, B. (2000). *Breve historia de la medicina*. Universidad Católica de Chile.
- Clemente de Alejandría. (1988). *El Pedagogo*. Gredos.
- Collodi, C. (2012). *Las aventuras de Pinocho*. DeBolsillo.
- Cordero del Campillo, M. (1987). *Quirón. Maestro y Sabio*. Unigraf.
- Cordona, F. (2011). *Mitología Griega*. Brontes.
- Cronin, A. (1993). *La ciudadela*. Andres Bello.
- De Samosata, L. (1 de 07 de 2007). *Diálogo con los muertos*. Obtenido de <https://bibliotecaignoria.blogspot.com/p/blog-page.html>
- Diógenes, L. (2007). *Vidas de los filósofos ilustres*. Alianza Editorial.
- Druille, P. (2009). El poder sanador de la palabra en Clemente de Alejandría. *CIRCE*, 127.
- Escototaro, A. (2020). *Hitos del sentido. Notas sobre la Grecia arcaica y clásica*. ESPASA.
- Esquirol, J. (2015). *Resistencia íntima. Ensayos de una filosofía de la proximidad*. Acanalado.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad*. Siglo Veintiuno.
- Frau, J. (2016). *La imagen del médico en el arte y la literatura*. Casimiro.
- García Ballester, L. (1974). De la anatomía Alejandria al Corpus Galenianum. *Revista de estudios históricos informativos de la medicina*.
- García Gual, C. (Octubre de 2003). *Cuerpo y alma. De Homero a Platón*. Obtenido de <https://mercaba.org/SANLUIS/Filosofia/autores/Grecia%20y%20Roma/Plat%C3%B3n/Sobre%20Plat%C3%B3n/Garc%C3%ADa%20Gual%20Cuerpo%20Y%20Alma%20De%20>

- Homero%20A%20Plat%C3%B3n%20-.pdf
- _____. (2016). *La muerte de los héroes*. Turner Noema.
- _____. (2017). *Diccionario de mitos*. Taurus.
- _____. (2021). *Grecia para todos. La historia de la antigua Grecia, su cultura y su legado*. Espasa.
- _____. (2022). *Prometeo. El mito del dios rebelde y filántropo*. Turner Noema.
- Garza-Villaseñor, L. (2010). El origen de los tres símbolos utilizados en medicina y cirugía. *Cirugía y cirujanos*, 369-373.
- Gawande, A. (2009). *Complicaciones. Confesiones de un cirujano sobre una ciencia imperfecta*. Colección Conjeturas.
- Gil, L. (2004). *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*. Triacastela.
- Gomá Lanzón, J. (2015). *Aquiles en el gineceo*. Taurus.
- González, L. (Mayo de 2007). *Plaza y Valdés*. Obtenido de https://www.plazayvaldes.es/upload/ficheros/prologo_atomos_almas_y_estrellas.pdf
- Guthrie, D. (1947). *Historia de la medicina*. Salvat.
- Hermosín, M. (1996). *Tratados Hipocráticos*. Alianza Editorial.
- Hipócrates. (1982). *Tratados*. Gredos.
- _____. (1983). *Tratados Hipocráticos. Ley*. Gredos.
- _____. (2003). *Tratados Hipocráticos. Sobre la Generación*. Gredos.
- Homero. (2007). *Odisea*. Porrúa.
- Instituto López Quintás. (2024). *Valores y Virtudes, ¿se contraponen o se complementan?* Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=j6SVeUy1yVY>
- Isócrates. (1980). *Discursos. II*. Gredos.
- Jenofonte. (1993). *Recuerdos de Sócrates. Económico. Banquete. Apología de Sócrates*. Gredos.
- Luján di Biase, C. (2012). *El lugar de la mujer en Platón y Aristóteles según Moller Okin. Actas del VI coloquio internacional. Competencia y cooperación de la antigua Grecia a la actualidad*. La Plata, FAHCE, 19 al 22 junio de 2012.
- Maglio, F. (2011). *La dignidad del otro. Puentes entre la biología y la biofría*. Libros el Zorzal.
- Marañón, G. (1966). *Ensayos Liberales*. Austral.
- Miller, F., & Varley, L. (1998). 300. Dark Horse Comics.
- Molina, M. (2008). *Hipócrates. Sus Aforismos*. Prefectura del Azuay.
- Montanelli, I. (2010). *Historia de los griegos*. De bolsillo.

- Murillo-Godinez, G. (2010). El símbolo de la medicina: La vara de Esculapio (Asclepio) o el caduceo de Hermes (Mercurio). *Medicina Interna de México*, 610-612.
- Musonio, R. (1995). *Disertaciones. Fragmentos menores*. Gredos.
- Nussbaum, M. C. (2021). La terapia del deseo. *Teoría y práctica en la ética helenística*. PAIDÓS Básica.
- Occhiuzzi, F. (2017). *Broncemia. La soberbia en los médicos y en otros personajes de nuestra sociedad*. Raíz de Dos.
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.
- Ortiz, F. (2002). *Historia del pensamiento médico*. McGraw-Hill.
- _____. (2002). *Medicina y Literatura*. McGraw-Hill.
- Osler, W. (1932). *Aequanimitas*. The Blakiston Company.
- Ovidio. (1988). *Fastos*. Madrid: Gredos.
- Pastor, D. (2023). *Ética para desconfiados. Filosofía esencial para sobrevivir a este mundo hostil*. Ariel.
- Pera, C. (2003). *El cuerpo herido. Un diccionario filosófico de la cirugía*. Acantilado.
- Pérez, R. (1997). *De la magia primitiva a la medicina moderna*. Fondo de Cultura Económico.
- Pico della Mirandola, G. (2006). *Discursos sobre la dignidad del hombre*. π.
- Píndaro. (1984). *Odas y Fragmentos. Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas, Fragmentos*. Gredos.
- Pino Andrade, R. (2013). *El dolor del cirujano*. Ateneo.
- _____. (2014). *Breve historia de la cirugía*. Universidad de Cuenca.
- _____. (2015). *La operación cesárea a través del tiempo*. Ateneo.
- _____. (1 de 7 de 2016). Los silencios del paciente agudo. Servicio de Trauma y Emergencia. HVCN [Tesis]. Universidad de Cuenca.
- Platón. (1988). *Diálogos. La República*. Gredos.
- _____. (1988). *Fedro, Banquete, Fenon*. Gredos.
- _____. (1988). *Diálogos. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*. Gredos.
- _____. (1992). *Diálogos. Filebo, Timeo, Critias*. Gredos.
- _____. (1999). *Diálogos. Las Leyes*. Gredos.
- Porfirio. (1987). *Vida de Pitágoras. Argonáuticas Órficas. Himnos Órficos*. Gredos.
- Robles, M. (2003). *El mundo político Greco-romano*. Cuenca: Universidad de Cuenca.

- Rodríguez, M. (2011). *Historia de la salud. Relatos sobre el cuerpo*. Estación Ciencia.
- Ruiz Trujillo, P. (2015). *Aristóteles. de la potencia al acto*. Impresia Ibérica.
- Savater, F. (2022). *Ética para Amador*. Planeta lector.
- Segura, B. (2007). Enfermar, envejecer y morir en los tiempos de Tito a Trajano. *Cuadernos de Filosofía Clásica*, 94-103.
- Sellars, J. (2024). *Lecciones de Aristóteles. Comprender al mayor filósofo de todos los tiempos*. Taurus.
- Sennett, R. (2015). *El Artesano*. Anagrama.
- Sexto E. (2012). *Contra los dogmas*. Gredos.
- Shah, I. (2004). *El mundo de Nasrudín. Cuentos sufíes*. Del nuevo extremo.
- Shelley, M. (2002). *Frankenstein*. Nómadas del tiempo.
- Snell, B. (2019). *El descubrimiento del espíritu. Estudio sobre la génesis del pensamiento europeo en los griegos*. Acantilado.
- Sontag, S. (2008). *La enfermedad y sus metáforas. El Sida y sus metáforas*. De bolsillo.
- Szczeklik, A. (2010). *Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte*. Barcelona: Acantilado.
- Szczeklik, A. (2012). *Core. Sobre enfermos, enfermedades y la búsqueda del alma de la medicina*. Acantilado.
- Tolstoi, L. (2011). *La muerte de Iván Ilich*. Mestas.
- Torres, J. (2005). *Himnos Homéricos*. Letras universales.
- Van der Meersch, M. (1998). *Cuerpo y Almas*. México: Porrúa.
- Young, P. (2012). Bronceosis: enfermedad especulativa por depósito de bronce. *Rev. Med. Chile*.
- Waltari, M. (2016). *Sinuhé. El egipcio*. Plaza Janés.



Este libro fue publicado en julio de 2025 bajo
el sello editorial UCuenca Press

Cuenca - Ecuador

Quirón, el sabio centauro de la mitología griega, nos invita a una profunda reflexión: ¿cómo resuena aún hoy el eco de la antigua Grecia en los cimientos de nuestro pensamiento occidental? La respuesta emerge vibrante en la etimología que da forma a nuestro lenguaje y en los mitos que, como ríos subterráneos, nutren nuestra cultura y ciencia.

En el arte de sanar, los helenos trazaron un camino fascinante, desprendiéndose progresivamente de las explicaciones mágicas para abrazar una comprensión racional de la salud y la enfermedad, sin olvidar el entramado social y político que las rodea. Incluso la mitología, con su fascinante bestiario de dioses y héroes, dejó su impronta indeleble en la medicina, regalándonos símbolos tan perdurables como el bastón de Asclepio.

Este ensayo se aventura en un viaje apasionante: desentrañar cómo la sabiduría ancestral de las primeras civilizaciones occidentales puede iluminar la senda hacia una «vida buena» cimentada en la virtud. Aquí se explora sobre la metamorfosis de la medicina hacia la reflexión profunda, la conmovedora presencia de la fragilidad humana y divina plasmada en los mitos, y la guía luminosa de la filosofía de la virtud, culminando en un sugerente decálogo de virtudes médicas.

Finalmente, este libro busca alzar la voz por una medicina moderna que trascienda la frialdad de los números y la obsesión por la productividad, para reincorporar la calidez del humanismo. Una medicina que valore aquellos saberes intrínsecos que nutren el espíritu, enriquecen nuestra cultura y, en última instancia, nos acercan a una comprensión más profunda y humana del bienestar.

ISBN: 978-9978-14-613-2



UCUENCA PRESS 